

Ciencia Ficción
Fantasía
Terror



Ediciones Turas Mór

15

M. C. Carper



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>La obra maestra</i> (PEDRO P. ENGUITA).....	5
<i>¡Oh, por todos los diablos, Doug!</i> (JUAN M. VALITUTTI).....	25
<i>Matrices de una tecnología desasociada - II</i> (CARLOS DAMINSKY).....	30
<i>La Ley Premuerte</i> (MAGNUS DAGON).....	33
<i>Taxi</i> (JOSÉ R. VÁZQUEZ).....	43
<i>El Familiar</i> (CLAUDIA CORTALEZZI).....	50
<i>Inconcluyente</i> (LAURA LÓPEZ ALFRANCA).....	57

NM

www.revistanm.com.ar

revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

<http://faneditor.hi5.com>

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.
ESN 86591-100119-783043-57

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
LAURA NÚÑEZ, JUAN J. TENA y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Ciberfuga" (M. C. CARPER)

Calor húmedo y pesado en el verano austral. Pocas ganas de hacer gran cosa. Sin embargo, **NM** no se detiene.

Con actitud siempre positiva —a diferencia de algunos personajes a los que inadvertidamente la gente se va acostumbrando—, se agregan nuevos nombres al colectivo de colaboradores.

A su vez, los trabajos *Doce Águilas amarillas*, de CHAIJA, y *Quemar a Madre*, de GIORNO (# 10), y *La trama del Vacío*, de MIRA DE ECHEVERRÍA (# 13), fueron postulados para el II Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com/>); los dos primeros en la categoría Relato y el tercero en la categoría Ensayo.

Cabe recordar que en el I Concurso GIACOMÁN VARGAS obtuvo el primer puesto en la categoría Relato, por *Ashegnemé* (# 2) y DOMÍNGUEZ NIMO el tercero, por *La araña tiene patas cortas* (# 4), en tanto que BARBY fue merecedora del segundo puesto en la categoría Ilustración, por *Biomechanical distress* (# 5). Luego, en ocasión del II Concurso, sobre un total de diecinueve postulados, una debutante MIRA consiguió el quinto puesto en la categoría Relato, por *Fuerza laboral*, y BRITO DELGADO el séptimo, por *He aquí el hombre* (# 8).

Es de esperar que los nuevos candidateados logren un reconocimiento similar de sus trabajos, teniendo siempre en cuenta la calidad de los otros autores, muchos de los cuales también suelen frecuentar estas páginas, como MAGNUS DAGON, CANALDA y CARPER, entre otros.

Quienes visitan el sitio de la revista habrán visto que se agregó publicidad en algunas de las ciberpáginas, para tratar de solventar parte de los gastos de mantenimiento.

En tal sentido —a diferencia de otros personajes a los cuales la gente también tiene que acostumbrarse—, la política de **NM** no es considerar que todo el que no es un amigo es un adversario y que el enemigo del enemigo automáticamente pasa a ser un amigo (cosa que generalmente después se

lamenta). Esta publicación nació como gratuita y lo seguirá siendo. El objetivo es que pueda llegar a ser autosuficiente y que —en su momento— los autores puedan ser retribuidos por su colaboración.

Como correlato, en las páginas de la revista también irán apareciendo avisos gratuitos, sujetos a la disponibilidad de espacio, destinados a difundir la actividad del *fandom*.

Disfruten de este número, y recuerden que el próximo corresponde al aniversario.

SANTIAGO OVIEDO



Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 2.3. La revista se armó con Scribus 1.3.5. Los archivos PDF se generaron con jPDFtweak 0.9.5 y PDF Creator 0.9.9.

LA OBRA MAESTRA

PEDRO P. ENGUITA

Martes, 26 de abril de 2591

Hoy es el último día de la Humanidad.

Salgo del proyector y ando por una carretera que lleva siglos abandonada. En todo ese tiempo la naturaleza ha reclamado su terreno y los matorros crecen alocadamente en las grietas del asfalto. Las altas hierbas de la sabana africana crecen en los flancos de la vía. Me pregunto si habrá leones por aquí, acechando en esa vegetación que me supera en altura, y toco el rifle para sentir su reconfortante tacto metálico.

De repente, las hierbas desaparecen y los cálidos rayos del Sol me saludan en la cara. Algunos árboles, acosados por una manada de jirafas, extienden horizontalmente sus ramas en la agostada pradera. Enfrente, una pequeña colina. Asciendo, sintiendo mi corazón palpar y mis pulmones desesperar por el mal de altura. Pero he heredado el gusto de mi padre por superar las cosas difíciles, así que acelero el paso y disfruto cuando las primeras gotas de sudor aparecen en mi piel.

Me detengo en el repecho. Al fondo una montaña, el Kilimanjaro, domina todo el paisaje. La Humanidad comenzó su andadura aquí hace millones de años. Qué irónico que mi padre haya escogido este lugar para propinarnos nuestra derrota definitiva. Y, bajo las faldas de la montaña, el auditorio en el que se representará la última obra de arte que verá este planeta. Suelto una exclamación al verlo; el teatro es ni más ni menos que el Coliseo romano, trasplantado piedra por piedra hasta este remoto lugar de las altiplanicies de la antigua Kenya. Pero mi admiración no es por el esfuerzo que le debe haber costado a mi padre traer el edificio hasta aquí sino porque él sabe perfectamente lo mucho que me gusta el Coliseo.

Entro bajo las arcadas del anfiteatro y camino hasta llegar al interior. Mi padre ha instalado una tarima desde donde actuar y localidades para que se instalen los espectadores, aunque sabe perfectamente que sólo yo acudiré a la representación.

—Hola, Michelle.

—Hola, papá.

Papá brilla bajo la luz del sol. Sus doradas articulaciones plastimetálicas nunca me parecieron tan humanas. Esboza una sonrisa al abrazarme.

—Me has dejado impresionada.

—Espera a ver el espectáculo —repone.

—Según tú, ésta será tu obra maestra —le recuerdo.

—Eso espero.

—¿Estás seguro de que...? —pregunto con voz temblorosa.

—Si todo sale como espero, será la última.

Bajo la vista con pena, porque será la última obra de arte que se represente en este planeta. Aunque Arlyn —mi padre— sea un androide, es en realidad mucho más humano que cualquiera que los diez mil cuerpos fofos y desvalidos a los que yo llamo “humanos”. Por eso sé que hoy, en este lugar, la Humanidad morirá.

—¿Y todos estos asientos?

—He puesto un asiento por cada uno de los seres humanos que quedan en el planeta —dice el androide—. Al fin y al cabo, mi obra está dedicada a todos ellos.

—Aunque no vayan a venir —incido, arrepiñiéndome tardíamente de mis palabras.

—Especialmente porque no van a venir —dice enigmáticamente y, adoptando una actitud más coloquial, señala la bolsa que llevo colgada al hombro—. Hablemos de cosas más alegres. Veo que has traído el marco.

Se lo alargo. Arlyn se queda mirándolo con detenimiento. No es más que un marco de madera, tallado a mano y pintado de color dorado. No lo he lijado, así que al tocar su super-

ficie se notan las rugosidades. Eso le da un toque rústico.

—Perfecto —me dice.

—¿Seguro? No me has dicho lo que quieres enmarcar.

—Ya te lo he dicho: mi obra maestra.

—Pero no me has dicho cómo es —insisto—, así que lo he hecho a mi gusto.

—Doblemente perfecto —repite y, poniéndose más serio, pasa a la segunda cosa que prometí traerle—: ¿Has terminado tu biografía?

Meto la mano en mi mochila y extraigo un libro cuidadosamente encuadernado. Se lo entrego a mi padre, que abre las tapas con reverencia religiosa y comienza a leer.

—Escrito a mano —comenta, visiblemente complacido.

Sigue leyendo con una lentitud que es extraña en él. Podría haberlo terminado en medio minuto más o menos, lo mínimo para no romper las páginas, pero pasa las hojas poco a poco, como si quisiera saborearlas.

—Es mejorable —le digo, intentando justificarme.

—Sin duda.

—Es una porquería —me sincero. Al menos, que vea que tengo la suficiente inteligencia como para verlo yo sola.

Mi padre detiene la lectura y me mira a los ojos. Hay cierta dureza en su mirada, pero no malicia. Me mira no como un padre, sino como el profesor que ha sido durante casi toda mi vida.

—Es una porquería —reconoce—. Pero eso no es lo importante.

Frunzo el ceño. Lleva tiempo diciéndome que todavía tengo que aprender una lección pero que debo

hacerlo por mí misma. Si al menos me diera una pista...

—Es el primer libro escrito por un ser humano en trescientos años —le recuerdo.

Sonríe. Aunque Arlyn es un androide, su expresión es tan perfecta como las de las películas de los siglos xx y xxi, no forzada como esas otras que nos han impuesto los ayudantes en todos estos siglos de esclavitud. Es de esas sonrisas que te indican que estás cerca de la respuesta, pero que todavía se te escapa algo.

Mi padre me deja en ascuas con mis preguntas y sigue leyendo. De repente se detiene.

—Las últimas páginas están en blanco —señala.

—No podía terminar un libro sobre mi vida sin haber visto antes tu obra maestra.

—*Touché* —reconoce—. Y ahora... —dice, devolviéndome el ejemplar— ha llegado el momento de actuar.

Nos abrazamos de nuevo. Sé que es un androide, sé que es perfectamente capaz de controlar sus emociones pero hay algo que me dice que en estos momentos Arlyn desearía romper en lágrimas. Finalmente se dirige a la tarima mientras yo tomo asiento en la desierta gradería. Las cámaras están emitiéndolo por todo el planeta, pero sé que nadie va a verlo. Hace tiempo que los seres humanos perdieron todo interés.

Mi padre alza los brazos y el espectáculo comienza.

Lunes 6 de setiembre de 2576

Mamá se acerca.

“Está preocupada”, me chiva el ayudante.

—Hola, cariño. Tienes visita —dice mamá.

“Pregunta quién”, me dice el ayudante.

No hago caso.

“Pregunta quién”, insiste el ayudante.

Sigo sin hacer caso.

—¿Quién es? —pregunta el ayudante, haciendo valer mis cuerdas vocales por mí. Para mamá no hay ninguna diferencia; al fin y al cabo, las palabras han salido de mi boca.

—Es un artista.

No digo nada. No sé qué es un artista ni me interesa.

Mamá activa la puerta y ésta se abre. Entra un androide dorado, de movimientos gráciles y un tanto excentricos. Se me queda mirando.

“Está complacido de verte”, me indica el ayudante.

—Michelle, te presento al androide Arlyn —dice mamá.

—Hola, Michelle; es un placer conocerte.

“Salúdalo”, me ordena el ayudante.

No me da la gana. Que lo haga él.

El ayudante no pierde el tiempo en intentar convencerme; activa mis músculos faciales y recrea una perfecta sonrisa, alarga mi mano derecha hasta que la estrecha con la del androide y vuelve a hacer funcionar mis cuerdas vocales para emitir un saludo de lo más educado.

—Es un placer conocerlo, androide Arlyn —digo o, más bien, dice el ayudante.

—Es una niña muy inteligente para su edad —apunta Arlyn, dirigiéndose a mamá.

—Gracias, androide Arlyn. ¿A qué debemos la visita de alguien como usted?

—Necesito a la niña.

—¿La necesita?

“Mamá está preocupada”, me dice el ayudante.

—Sí, la necesito para que termine mi obra maestra.

—Pero usted es un androide artista y la niña necesita un androide cuidador, como yo... —objeta mamá, cogiéndome en brazos. Yo no hago nada, pero el ayudante alza mis brazos y los entrelaza alrededor de su cuello.

—Tengo la autorización del Consejo de Máquinas —dice él, transmitiéndolo a mamá.

—No pueden hacerlo... La he cuidado desde que salió de los tanques de gestación; he sido el único androide que la ha cuidado.

“Mamá está triste y resignada”, me chiva el ayudante.

El androide dorado se acerca a mí.

—A partir de ahora yo seré tu padre.

“Arlyn te quiere”.

El androide dorado me coge en brazos y me lleva con él. Veo que a mamá le cae un líquido por las mejillas.

Yo no hago nada.

Martes 8 de setiembre de 2576

—¿Estás bien? —pregunta Arlyn.

“Di que sí”, me sugiere el ayudante.

Finalmente, ante mi negativa a hacerlo, el ayudante abre la boca por mí.

—Sí.

Arlyn se recuesta en el sillón.

“Está pensando; hay algo que no le gusta”, me informa el ayudante.

—Llevas dos días aquí y aún no has dicho una sola palabra —acusa Arlyn.

No entiendo qué quiere decir, pero el ayudante dice lo que yo necesito.

—No es verdad —refuta el ayudante.

—No eres tú quien está hablando, sino esa máquina que llevas pegada a la cabeza. Las palabras salen de tu boca, pero no eres tú quien las pronuncia.

“Di que eso da igual”, me insta el ayudante.

No quiero decirlo.

“Di que eso da igual”, repite.

Viendo que no voy a hacerlo, el ayudante realiza la acción por mí: inspira aire, abre mi boca y coloca la lengua en su sitio. El sonido no tarda en salir por mi garganta.

—Eso da igual —dice.

—Tú no eres Michelle. Eres sólo una máquina conectada a su cerebro para facilitarle la vida.

“Está enfadado”, me avisa el ayudante.

Pero yo no lo entiendo. Nunca he visto a alguien enfadado.

Arlyn se levanta del sillón y se acerca. Dobla las rodillas para colocarse a mi altura.

—Acabo de desconectar dos funciones del ayudante. Una es la sedante. A partir de ahora podrás sentir dolor. La segunda es la del habla. A partir de ahora si quieres hablar tendrás que hacerlo tú sola. ¿Lo has comprendido?

“Está siendo duro pero no es malo”, me dice el ayudante.

No entiendo nada.

—Repito la pregunta. ¿Lo has comprendido?

Ahora el ayudante debería hablar por mí. Pero no lo hace. El silencio que sigue a continuación resulta inquietante.

—Intenta decir algo —me apremia Arlyn, mirándome fijamente a los ojos.

No me da la gana. Que lo haga el ayudante.

—Está bien. Que sepas que lo hago por tu propio bien —me avisa Arlyn.

“Se siente culpable por algo”, me avisa el ayudante, pero ni siquiera él es capaz de decirme lo que está a punto de suceder.

La mano plastimética de Arlyn me golpea en la cara. Noto un súbito calor en la mejilla. Mi piel retumba. Mi cabeza se ladea. El ayudante toma el control de mis músculos y evita que caiga al suelo, pero por primera vez en mi vida siento la necesidad de decir algo. Tomo aire e intento reproducir los sonidos que tantas veces ha ejecutado el ayudante. Los he notado dentro de mí muchas veces pero ahora, cuando intento hacerlo por mí misma, no consigo nada remotamente parecido. El sonido que sale de mis pulmones no es como la melodiosa voz que consigue el ayudante. Mis esfuerzos sólo consiguen un ruido desgarrador que sale de lo más profundo de mí. Mis ojos derraman líquido. Estoy llorando.

—Enhorabuena, Michelle —dice Arlyn—. Acabas de nacer.

Miércoles 13 de agosto de 2577

—Buenos días. ¿Qué quieres desayunar? —pregunta Arlyn.

Inspiro. Cada vez me cuesta menos hablar, pero aún tengo que prepararme.

—Leche. Y galletas. Y un vaso de zumo.

Arlyn hace un gesto con la cara. “Está sonriendo”, me dice el ayudante.

—Has progresado mucho desde que estás aquí —dice—. Ahora ya eres capaz de hablar por ti misma.

—Antes también sabía —replico.

Arlyn se detiene y me mira fijamente.

—El ayudante hablaba por ti. No es lo mismo.

“Está disgustado”, me avisa el ayudante.

—No lo entiendo. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

—Te haces preguntas... Eso es bueno. Algún día encontrarás las respuestas.

Miro el zumo de naranja que hay en la mesa y el ayudante mueve mi brazo para cogérmelo. Sé que eso es todo lo que tengo que hacer y noto cómo mis labios se abren sin que yo lo haya ordenado. El dulce sabor del zumo de naranja inunda mi boca.

Miro las galletas y pienso en mojarlas en la leche. El ayudante no necesita más datos para realizar la operación. Arlyn me observa en silencio. No me cae bien, no sé cuánto tiempo llevo con él, pero sí que quiero volver con mamá.

Acabo mi desayuno. Arlyn me pregunta si quiero algo más. Le respondo que no. Arlyn se cree muy listo, pero ha preguntado una estupidez; si necesitara algo, el ayudante ya me lo habría proporcionado. El androide se acerca con sus pasos elegantes y vuelve a hablarme.

—Ha llegado el momento de pasar a la siguiente fase de tu aprendizaje —me dice. Después empieza a hacer cosas con la cara: mueve los labios, las cejas y los párpados, infla los mofletes y me enseña sus dientes de porcelana.

Sé que está haciendo gestos. El ayudante me dirá qué quieren decir.

Pero el ayudante no me dice nada.

—He desconectado las funciones del ayudante que interpretan las emociones humanas —explica—. Ahora tendrás que detectarlas por ti misma.

—Eso es imposible.

—Lo creas o no, los humanos nacéis con esa habilidad.

Arlyn mueve los extremos de sus labios hacia arriba. Le he visto hacerlo otras veces, pero no recuerdo qué quiere decir.

Finalmente, el androide se dirige a una puerta.

—Ah. Michelle, recoge la mesa. En eso puedes usar el ayudante.

No me da la gana. ¿Quién se ha creído Arlyn que es? Para eso tenemos los androides de cocina. Me quedo quieta.

Al cabo de un rato Arlyn vuelve. Mira la mesa y su expresión cambia de repente. Camina a grandes zancadas hacia mí mientras sus cejas bajan hacia abajo y sus labios se aprietan. Sé que en estas situaciones el ayudante me diría algo, pero soy incapaz de reconocer qué intenta decirme Arlyn.

—Te he dicho antes que recojas la mesa.

—No quiero. ¡Esto no me gusta! —protesto. Quiero volver a casa de mamá, quiero que mi ayudante hable

por mí e interprete los gestos ajenos por mí.

A Arlyn no le impresionan mis quejas. Veo que su cara se ha vuelto roja. Me sujeta fuertemente por el brazo y me grita.

—¡La recogerás! —ordena. No es como las órdenes que da el ayudante. Su voz es estridente, grave y áspera. Y no me gusta.

Tiemblo. Antes de lo que creo posible estoy llorando. Al menos eso se me da bien.

Jueves 7 de enero de 2578

Arlyn y yo estamos sentados en una gran sala de techos altos y lujosos. Ahora que lo pienso, la casa de Arlyn no se parece a la de mamá: las paredes rebosan de figuras complicadas y brillantes, espejos, amplias ventanas con cortinas y un fuego que crepita en la chimenea. Arlyn dice que nuestra casa se llama “Palacio de Versalles” y que en su tiempo aquí vivieron los reyes de Francia. Por supuesto yo no entiendo ni una palabra de lo que dice.

Hoy Arlyn está contento. Dice que mi avance es espectacular y que yo terminaré su obra maestra. No entiendo nada, pero su sonrisa me reconforta. Después pasa a las cosas serias.

—Voy a desconectar las funciones motoras del ayudante.

Me gustaría temblar, pero no quiero aparentar debilidad. A Arlyn eso no le gusta. Se enfada mucho y dice que ya no soy un bebé.

Intento mover mi brazo derecho pero no lo consigo. Con el ayudante parecía más fácil. Vuelvo a probar y esta vez el brazo se mueve un poco.

Lunes 9 de noviembre de 2578

Arlyn sonríe y eso me anima a hacer una nueva intentona. Esta vez el brazo sale disparado y mi mano derecha acaba apoyada en el brazo izquierdo. Intento reír, pero ahora resulta que no sé cómo mover los músculos de mi cara. Vuelvo a probar pero sólo logro aumentar la sensación de estar atrapada en este cuerpo.

Arlyn me mira con curiosidad. Siento deseos de llorar. ¿Por qué Arlyn es tan malvado? ¿Por qué me hace sufrir así?

Una preocupante sensación recorre mi bajo vientre. Sé lo que es pero esta vez parece incontrolada. Me doy cuenta de que el ayudante controlaba la salida de la caca, pero yo no sabía que eso fuera tan complicado. Intento apretar el culo pero no lo consigo. Desespero. Acciono todos los músculos a la vez y mis brazos y piernas aletean descontroladamente. Caigo al suelo y mi cabeza choca contra él. Noto el crudo dolor que produce el golpe y veo que en el suelo hay una gota de un líquido rojo. Vuelvo a intentar apretar el culo pero no consigo ningún resultado. Angustia-da, me doy cuenta de que no me queda mucho tiempo antes de que me cague encima. Debo llegar al lavabo; intento avanzar, aunque sea a ras-tras. Para mi sorpresa, un brazo se coloca frente a mi cara. Empujo con él y me muevo unos centímetros.

Quiero evitar lo que está a punto de suceder, pero ya noto la caca a punto de salir. De pronto se siento húmeda y sucia y un nauseabundo olor llega hasta mí.

Arlyn está de pie. No dice, no hace nada.

Aprieto los dientes. Lo odio, lo odio, lo odio.

Arlyn ha dicho que me espera en el salón, así que camino hasta allá. Todavía tengo miedo de terminar por los suelos, pero lo cierto es que no me he caído en los últimos tres días. Arlyn está sentado en un sillón. Sostiene algo que él llama “periódico” y que dice que trae noticias de todo el planeta. No sé qué tiene eso de interesante, así que aparto la mirada de las hojas de papel y me centro en sus bondadosos ojos.

—Ven. Siéntate.

—Me dijiste que querías hablar conmigo.

—Así es —reconoce, doblando el periódico y apartándolo a un lado—. Quiero anunciarte que ya eres una persona normal.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes moverte por ti misma, comunicarte y tomas tus propias decisiones.

Lo miro con incredulidad.

—¿Eso es para ti “normal”?

—Lo creas o no, hasta hace unos cuatro siglos todos los seres humanos eran capaces de hacerlo con una edad de dos o tres años.

—Bromeas —recuso. No me gusta cuando se las da de sabiondo.

—En absoluto. Pero ahora que eres una persona independiente va siendo hora de que mantengamos una charla.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que tú quieras.

Comprendo que no se está burlando de mí ni me reserva ninguna sorpresa desagradable. Me ofrece respuestas pero pretende que sea yo quien haga las preguntas. En eso no

se parece al ayudante, que ofrecía respuestas a preguntas que yo no formulaba. Me quedo estupefacta. No sabía que los seres humanos tuvieran el poder de aprender lo que quisieran.

—¿Quién eres? —pregunto con el miedo en el cuerpo.

—Me llamo Arlyn, soy un androide artista de V generación fabricado por la Tokio Robotics Inc en el 2198.

—No eres un androide cuidador —acuso.

—No. Ya te he dicho que soy un androide artista.

—¿Entonces por qué me cuidas?

—El Consejo de Máquinas me autorizó a ello.

—¿Qué es el Consejo de Máquinas?

—Desde que los humanos os abandonasteis, el Consejo de Máquinas gobierna el planeta.

—¿Qué es eso de que “nos abandonamos”?

—Desde que empezasteis a usar los ayudantes —dice con melancolía.

—¿Y por qué el Consejo de Máquinas te autorizó a cuidarme?

—Yo se lo pedí. Necesito que termines mi obra maestra.

Ya se lo he oído decir otras veces, pero sigo sin comprenderlo. Decido cambiar de tema.

—¿Dónde está mamá?

—Lo que tú llamas “mamá” está en Londres, cuidando de otro niño.

—Quiero verla.

Para mi sorpresa, Arlyn accede.

Jueves 12 de noviembre de 2578

Caminamos hacia el proyector. El arco metálico destaca bajo la luz del

Sol. Al acercarnos noto el zumbido que genera y el leve brillo azulado que desprende la membrana de fase. Yo había viajado por proyector con mamá pero antes nunca me había dado cuenta de estos detalles. Esta vez todo se me antoja completamente diferente. Incluso los colores parecen más vivos, más reales.

Cruzo la membrana sintiendo un cosquilleo que eriza mis pelos e instantáneamente aparezco en “Londres”, sea lo que sea eso. Al menos ése es el nombre que me ha dado Arlyn.

Hay un gran espacio vacío. Arlyn me dice que se trata de una plaza, concretamente de Trafalgar Square. Hay algo —Arlyn creo que lo llama “columna”— en el centro, alta y estirada, pero lo que más me sorprende es la enorme cantidad de edificios que rodean la plaza. Le pregunto a Arlyn para qué sirven y él me explica que hubo un tiempo en el que todos ellos estuvieron repletos de personas, pero yo no me lo creo. Dice que había tanta gente que incluso el centro de la plaza se llenaba de ella. Ante esa afirmación no puedo contener una risa.

Pero miro a Arlyn y comprendo que no está intentando mofarse de mí. Está triste. Me pregunto dónde habrá ido a parar toda la gente.

Arlyn me indica el camino. Avanzamos por calles desiertas, sólo animadas de tarde en tarde por la presencia de algún androide que no repara en nosotros. Tras haber caminado varios minutos llegamos a una casa que no se diferencia de las demás.

Llamo al timbre y espero.

Mamá abre la puerta. Es exactamente igual a como yo la recuerdo:

su brillante cabello castaño le llega hasta los hombros. Su suave piel hace un mohín de extrañeza y me mira a los ojos como si no me reconociera. Mi corazón palpita desbocado. Quiero abrazarla, pero la expresión de su rostro es tan extraña...

—Mamá... —susurro; no sé si es una afirmación o una pregunta.

Mamá entrecierra los ojos, como si no estuviera segura de quién soy. Cuando por fin se da cuenta se produce un cambio brusco en ella; es como si reactivara un *software* dormido desde hace mucho tiempo.

—¡Michelle! —estalla, abrazándose como si no hubiera pasado nada.

—Mamá...

—Tu ayudante parece averiado —dice, manipulando los controles.

—A mi ayudante no le pasa nada. Sólo está desconectado.

—¿Desconectado? ¿Por qué? —pregunta sobresaltada.

—Tranquila —sonríe—. Estoy bien.

Mamá nos ofrece entrar en casa. Veo la decoración y me pregunto si mi anterior residencia tenía también todas esas cosas. Hay plantas, muebles, cortinas de estilos arcaicos y montones de habitaciones ahora vacías. Empiezo a comprender que cuando vivía con mamá nuestra casa debía de ser parecida a ésta, repleta de objetos, pero yo era ciega a ellos. No me hacía falta mirar mientras el ayudante lo hiciera todo por mí.

Sentado en un sofá hay un chico. Al menos, eso creo que es, porque no parece un androide. Tiene la mirada perdida en el infinito. Me coloco delante de él y saludo.

—Hola.

Una luz amarilla parpadea en su ayudante. El chico me devuelve el saludo, pero yo siento un escalofrío en la columna.

—Hola —me dice—. ¿Cómo te llamas?

—Michelle. ¿Y tú?

—John.

Hay algo en John que me resulta perturbador. Por cada gesto que hago, por cada frase que pronuncio, recibo la misma indiferencia de su parte, hasta que el ayudante se activa y realiza la acción por él. El corazón me palpita con violencia cuando me doy cuenta de que yo fui así.

Miro a Arlyn. Como siempre no dice nada; sé que le duele mi expresión de horror pero que también, hasta cierto punto, lo complace.

Mamá se ha ido a buscar unas galletas. Eso me da el tiempo que necesito para comprobar algo que me reconcome las entrañas. Quiero saber cómo era yo realmente antes de que Arlyn me llevara con él. Extiendo poco a poco mi brazo hasta el bulto metálico que se aferra al cráneo de John. Pero antes de que pueda hacerlo el chico realiza un brusco gesto y me sujeta la mano.

—No lo hagas —ordena. Su voz suena dura y fría. No es él; es el ayudante.

A la mierda; golpeo la masa metálica con un manotazo y ésta cae al suelo enmoquetado.

Sus brazos caen. Su mirada se pierde. Su cabeza se ladea y todo él se desploma en el sofá adoptando una postura inverosímil. Miro horrorizada cómo la saliva se escurre entre las comisuras de sus labios. Paso

la mano delante de sus ojos pero no observo ninguna reacción. Dentro de él no hay nada. Nada.

Mamá acude corriendo. Su piel de plástico ha adquirido un tono ruborizado; sus movimientos son tan rápidos y precisos que no cabe duda de que considera la pérdida del ayudante un asunto de vida o muerte. Pero yo no puedo esquivar la vidriosa mirada del chico y comprender lo cerca que he estado de ser un vegetal de por vida como él.

Miro a Arlyn. Tiene esa expresión sombría que siempre adopta cuando habla de la decadencia de la Humanidad. Ahora, por fin, comprendo que tiene razón.

—Vámonos —le digo.

Jueves 8 de febrero de 2579

Las últimas semanas han sido muy interesantes. Arlyn ha comenzado lo que él llama mi educación “de verdad”: matemáticas, lengua, historia, geografía, ciencia, arte y deporte.

La que más me gusta es la historia, porque contesta a muchas preguntas que han estado bullendo en mi cabeza las últimas semanas. Según Arlyn, los seres humanos llevamos poblando este planeta durante millones de años. Al principio no éramos más que unos cavernícolas que sólo sabían hacer puntas de lanza con piedras, pero nuestra tecnología aumentó más y más hasta que, hace unos cuatrocientos años, aparecieron los primeros ayudantes.

Entonces todo cambió. Al principio pareció ir bien; aquellos ayudantes incrementaron la capacidad mental de sus portadores o les otorgaron nuevas habilidades. Pero al cabo de

dos generaciones la tecnología de los ayudantes estaba ya tan extendida que empezaron a usarse para mejorar las capacidades más básicas del ser humano: pretendieron librarnos de mearnos en los pañales y de caernos al suelo con un año. Aquella generación pareció superdotada ante los orgullosos ojos de sus padres, incapaces de ver que esos logros no eran de sus hijos sino de la máquina conectada a su cerebro.

Dos generaciones después todo rastro de actividad humana había sido borrado por la suave dictadura de los ayudantes. Realmente Arlyn no exageraba cuando decía que hace trescientos años que ninguna persona se alimenta, habla o muestra interés por algo.

Pero la situación es aún peor. Los seres humanos hemos dejado de hacer casi todo. Incluido reproducirnos. Hubo un tiempo en el que hubo nueve mil millones de personas en el planeta. Ahora sólo quedamos diez mil.

Los humanos estamos en vías de extinción.

No puedo seguir más. Estoy volviendo a llorar.

Miércoles 25 de julio de 2580

Hasta ahora estaba demasiado centrada en mí misma como para darme cuenta de Arlyn. Según he leído en un libro de psicología, eso significa que he desarrollado “empatía” y, por lo tanto, que he madurado.

Arlyn es un androide artista pero ésa es una definición muy torpe para describirlo. Ha pintado más de veinte mil cuadros, esculpido varios centenares de estatuas, escrito algo así como cuatrocientos mil libros,

realizado unos miles de películas, compuesto obras musicales suficientes para llenar media vida y diseñado los edificios más vanguardistas del mundo. Ha hecho lo que él calificaba como “incursiones” en el campo de la ingeniería, desde trenes supersonicos hasta centrales nucleares. En un mundo donde las inquietudes han desaparecido, ha conservado las obras de arte más importantes del mundo, pero sólo él las contempla.

Corrección, ahora hay alguien más que las contempla: yo.

Debo reconocer que no imaginaba que el genio humano llegara a tanto. Paseo por los salones del Palacio de Versalles intentando extraer conclusiones de cómo eran los babilonios, los chinos o los árabes. Escribo notas, tomo apuntes, dibujo croquis e intento hacerme una imagen mental de cómo hemos evolucionado los seres humanos a lo largo de los milenios.

Pero, por supuesto, nada de lo que yo haga puede compararse con el genio de Arlyn. Una vez me dejó todo un día para preparar un trabajo sobre *La Gioconda*. Logré reunir dos páginas, que en ese momento me parecieron el colmo de la genialidad. Arlyn escuchó mi exposición.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—No está mal —respondió él con aire profesional—. Pero te recomiendo que te leas los libros de Mc Mullen, Turudich & Welch y Taryaskov.

—¿Son los mejores?

—No —replicó él con un aire divertido—. Pero no están mal para empezar.

—Quiero los mejores —insistí desafiante—. ¿De quién son?

—Míos. He escrito treinta y dos libros sobre este cuadro, aunque yo sólo te recomendaría siete.

En aquel momento me hundí. Arlyn no tiene malicia, pero tampoco oculta la realidad. Sinceramente lo prefiero así: he vivido demasiados años de espaldas a ella. Pero en aquel momento me sentí una completa idiota. Comprendí que jamás superaría el genio de Arlyn.

Comencé a escuchar sus óperas y tuve que hacer un esfuerzo enorme para volver a Mozart y Beethoven. A mí, a quien la Ciudad Prohibida de Pekín me había dejado indiferente, me saltaron las lágrimas cuando vi la estación proyectora de Sydney. Había terminado la tumba del papa Julio II y no sólo había seguido los planos de Miguel Ángel sino que los había mejorado, hasta el punto que las estatuas del escultor italiano desentonaban por mediocres. Sus cuadros surrealistas reflejan mucho mejor los sueños humanos que los de Dalí.

—Nunca te superaré —le dije.

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué esforzarme?

—Eso debes contestarlo tú mismo. ¿Crees que todos esos genios no se sintieron alguna vez ninguneados? ¿Esperas ser la mejor en todo?

—Tú lo eres.

—Yo soy una máquina.

Bajo la vista, incapaz de soportar la mirada de esos ojos tiernos. Finalmente, le digo: —No veo cómo puedo terminar tu obra maestra.

Arlyn hace un mohín de desaprobación con su boca artificial. Creo

que está de acuerdo conmigo, pero sospecho que no por el motivo que me imagino.

Sábado 19 de octubre de 2582

Arlyn y yo no nos vemos mucho porque a estas alturas soy capaz de aprender por mi cuenta. Paso horas y horas en bibliotecas, laboratorios, campos de deporte y talleres. Aún necesito la ayuda de Arlyn para ciertas cosas y me gusta que él me marque las pautas de mi aprendizaje, pero soy cada vez más autónoma. Tengo lo que se solía llamar “cultura general”, lo cual estaría muy bien para hablar con alguien, si es que hubiera alguien con quien hablar.

Arlyn, salvo los momentos en los que está conmigo, se pasa todo el día trabajando. Voy a su taller y, por el infernal ruido que genera, deduzco que debe estar esculpiendo alguna estatua. Abro la puerta y entro en una sala repleta de un fino polvo que lo enturbia todo. Difuminada en el enrarecido ambiente, la mano robótica de Arlyn, repiquetea a cien martillazos por segundo. Intento averiguar de qué se trata y creo que es una copia de la *Atenea* de Fidias.

Carraspeo. Arlyn deja el trabajo y me mira.

—Hola, Michelle. ¿Qué te trae por aquí? ¿Problemas para terminar tu cuadro?

Bajo los ojos. Sí que tengo problemas para pintar al óleo pero no es eso lo que me ha hecho devanarme los sesos últimamente, sino un ardor interior que ha ido creciendo en los últimos meses. Un ardor y un plan.

—He pensado que tal vez pueda tener un hijo.

Arlyn deja el martillo y el cincel en una bandeja, se limpia las manos en un gesto que resulta de lo más convincente y, lleno de polvo blanco, se acerca a mí.

—¿Un hijo?

—Sí.

—¿Quieres un hijo o quieres sexo? —pregunta Arlyn; la mente de un artista es a veces bastante soez.

—Las dos cosas suelen ir ligadas... —comienzo, aunque en cuanto pienso en la idea de acostarme con uno de esos adictos al ayudante me dan ganas de vomitar—. Pero no estoy dispuesta a hacer el amor con alguien a quien no se le levanta si no lo ordena el ayudante, así que prefiero una inseminación artificial.

—¿Para qué?

—Hay que repoblar la Tierra.

Arlyn suspira. Por supuesto no necesita respirar, pero sus pulmones metálicos están diseñados para que parezca humano. Y a veces lo es más que los humanos cuyo cuerpo es carne y hueso pero cuya mente son chips.

—Hubo un tiempo en el que pensé lo mismo que tú —me dice con una voz mortífera y fría—. Se llamaba Abdulá y hace trescientos seguí con él el mismo proceso que he hecho contigo: le desconecté del ayudante y lo eduqué. Llegó a ser tan independiente como tú.

—¿Y qué pasó? —pregunto con el miedo en el cuerpo.

—Tuvo tres hijos. Los tres nacieron y se criaron sin ayudante. Pero nunca entendieron por qué era tan maligno, así que dos de ellos se lo colocaron a sus hijos. En la siguiente generación ya no hubo nadie que no tuviera ayudante.

—Intentas decirme que...
—Lo siento, Michelle: no funcionará.

Aprieto el puño con rabia.

—Entonces estamos condenados.

—En efecto —confirma con una voz pausada.

—¿No hay nada que pueda hacer?

Arlyn sonríe.

—Sí, terminar mi obra maestra.

Martes 21 de agosto de 2587

Miro hacia abajo, al gran valle verde que se abre a los pies de El Capitán. El suelo está a doscientos metros. Debería sentir vértigo, pero el dolor de las heridas me lo impide. He sido una estúpida al pensar que unos puntos de anclaje que alguien colocó cuatrocientos años atrás seguirían siendo seguros. Recuerdo perfectamente el último gesto que hice al fijar el arnés; ese maldito anclaje parecía tan sólido que ni siquiera cuando caía veinte metros en vertical pude creer que había metido la pata hasta el fondo. No sé muy bien contra qué me golpeé, pero sí cómo fue la sensación de tener una muñeca fracturada y la sangre deslizándose por mi cuerpo. Ahora sé por qué los libros de escalada de los siglos xx y xxi recomendaban no ir nunca solo. El dolor es insoportable, pero tengo que aguantar. He visto películas del siglo xx y sé que en estos casos en el último momento siempre aparece el héroe que rescata a la chica.

Suelto una carcajada cuyo eco rebota en las montañas. Desvarío. Nadie sabe que estoy aquí. No hay un alma en cuatrocientos kilómetros a la redonda.

El Sol se pone entre las montañas de Yosemite. Algunas nubes reflejan su luz, tiñendo la escena de un suave color rojizo que se esparce por los valles. La Luna creciente se alza sobre el horizonte mientras la superficie se hunde en las tinieblas. Si hay buenos lugares para morir en la Tierra, éste debe ser uno de los mejores.

Una ráfaga de viento me estremece: no llevo ropa de abrigo. Es verano, pero a esta altura eso sirve de poca cosa. La cuerda se bambolea de un lado a otro y yo con ella. Intento apoyarme con los pies para no moverme y hago caso omiso del dolor que se apodera de mi talón derecho en cuanto toca la roca.

La oscuridad va envolviendo el ambiente, apagando los colores hasta hacerlos desaparecer en una irritante mediocridad. En el cielo comienzan a despuntar algunas luces danzarinas; son los restos de antiguas estaciones espaciales, abandonadas siglos atrás, que se mueven entre un tapiz de estrellas. Tiemblo. El frío se cala en mis huesos y, a pesar de la terrible hinchazón de mi pie y de mi mano derecha, empiezo a no sentir las extremidades. Cojo la cantimplora y extraigo de ella la última gota de agua.

Sé que voy a morir. Esto me pasa por idiota.

Entonces, moviéndose contra los últimos resquicios del atardecer, observo un helicóptero. No había visto nunca ninguno, pero sé que existían antes de que los humanos se movieran sólo por proyector. El aparato se dirige hacia aquí. Hago acopio de fuerzas e intento moverme en la pared de roca para que me vean. En

cuanto empiezo a escuchar el ruido de sus motores enciende un deslumbrante foco que me obliga a taparme la cara. Siento que se acerca más y más hasta que el ruido llega a hacerse ensordecedor y el aire se mueve alocadamente.

Oigo un chasquido a un metro de mi cabeza y veo que alguien ha perforado la pared de roca con una punta de metal. De su base sale un cable y en él cable no tarda en aparecer un androide que se desliza ágilmente. Se coloca justo encima de mí, alarga sus brazos, me coloca una brida de seguridad y me coge.

En el helicóptero me espera Arlyn. No puedo evitar las lágrimas al verlo. Me siento estúpida y débil y espero que recrimine mi comportamiento. Pero, en su lugar, Arlyn me abraza y me susurra cosas tiernas al oído. Mientras la aeronave acelera hasta el hospital más cercano le pregunto: —¿Cómo me has localizado?

—Ha sido fácil; yo mismo diseñé gran parte del *software* de la red de proyectores —explica sin darle importancia—. Y no eres nada difícil de rastrear, ¿o acaso crees que, en toda la Tierra, alguien más viaja solo y sin ayudante?

Lo miro directamente. Su rostro compasivo hace que me derrita.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haber sido tan imprudente.

—Nunca digas eso —me reprende—. Eres humana. Lo intentaste; eso es lo que cuenta.

—Gracias, papá.

Me vuelvo a abrazar a él. Me doy cuenta de que es la primera vez que lo llamo “papá”.

Arlyn también se ha dado cuenta, porque está sonriendo.

Miércoles 9 de enero de 2588

Veo a Arlyn estudiando unos planos tridimensionales. Parece una red informática, aunque no entiendo su significado. Está programando y, como todo, lo hace a velocidad de vértigo. Por la expresión de su rostro deduzco que no le gusta que lo haya pillado en esta tesitura, aunque no sé por qué.

—Hola, pequeña —me dice.

—Hola, papá —respondo. El corazón me late con fuerza; esta vez tendrá que responder a una pregunta que me ha intrigado mucho tiempo—. ¿Trabajando en tu obra maestra?

Arlyn deja de lado las pantallas y, sin abandonar todavía su incomodo, forma una sonrisa que sé que va dedicada a mí.

—Siempre estoy trabajando en mi obra maestra.

—¿Siempre? —insisto.

—Tengo capacidad de computación de sobras y no me gusta que esté ociosa.

Me acerco a los ordenadores y miro las líneas de códigos. Intento desentrañar su significado pero soy incapaz de encontrarlo en ese galimatías.

—¿Cómo es tu obra maestra? Nunca me hablas de ella.

—¡Oh! —dice, haciéndose el sorprendido—. Ya te dije que no podrías verla hasta que no estuviera acabada.

—¿Y qué? He visto muchas obras tuyas inacabadas.

—Ya, pero esta vez no sirve de nada la obra a medias. Compréndeme—

lo: se trata de mi obra maestra; la mejor obra de mi vida.

—¿Cuándo la terminarás?

Arlyn me mira fijamente. Su expresión se torna sombría, casi tanto como cuando habla de la inminente extinción de la Humanidad.

—No lo sé; tal vez nunca la termine.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en ella? —pregunto, aunque no espero que conteste esta pregunta. Nunca lo hace.

—Doscientos catorce años —responde, sin embargo, ante mi asombro.

Abro la boca. Teniendo en cuenta la velocidad a la que trabaja Arlyn soy incapaz de imaginar qué puede haberle llevado tanto tiempo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que será tu obra maestra?

—Lo sé —afirma categóricamente.

—¿Y cómo la voy a acabar?

—Eso ya te lo diré.

—¿Y qué harás cuando se termine?

—Será mi última obra. No haré ninguna más.

La idea de un Arlyn jubilado hace que estalle en carcajadas. A veces, en plena noche, lo oigo representar obras de teatro o tocar la guitarra eléctrica. Me desvela, pero no me molesta. En este mundo sin almas un poco de ruido resulta acogedor.

Pero cuando termino de reír y me fijo en su rostro serio me doy cuenta de que Arlyn no bromeaba.

Cuando termine su obra maestra no hará ninguna más.

Cuando termine su obra maestra desaparecerá el último artista de la Tierra.

Viernes 12 de noviembre de 2590

Estoy nerviosa. Durante los últimos meses Arlyn y yo no hemos hecho más que pelearnos. Cada vez que le presento algo me mira con fría desaprobación. Según él, mis escritos son flojos, a mis pinturas les falta vida y aún no he logrado componer una pieza de piano decente. Yo desespero. No puedo ni podré alcanzar su maestría.

Ahora Arlyn está pasando páginas y más páginas de mi última sonata. La impaciencia me corroe las entrañas. Me he esforzado y lo he hecho lo mejor que he podido. Estoy segura de que es mi obra maestra y por eso no puedo soportar la inquisitiva mirada de Arlyn sobre mis páginas. Al fin, el androide cierra el libro y me mira a los ojos.

—Esta obra es una porquería —resuelve.

—¿Por qué?

—Lo único que has hecho es mezclar a Chopin con Brahms y Bach. Y ni siquiera los has imitado bien.

Arlyn termina su reconvención y niega con la cabeza, decepcionado. Sé que le estoy fallando y mi anterior enfado desaparece tras sus ojos tristes.

—Creo que si me esfuerzo más... —balbuceo y bajo la vista, avergonzada.

—Te he enseñado todo lo que sé. A estas alturas ya deberías haber asimilado la última lección.

—¿La última lección? —pregunto, levantando la cara.

—La que te falta para poder terminar mi obra maestra.

—Si me dices cuál es...

—¡No! —grita, moviéndose fuera de sí—. ¡Es inútil! ¡Pensé que serías diferente a los demás, pero no lo eres!

Yo me quedo con los brazos caídos y angustiosa sensación de que Arlyn está lamentando mi fracaso del mismo modo que le duele la decadencia de la Humanidad. Él, que es el último artista que queda en este planeta, ni siquiera va a tener a alguien digno de recordarlo.

Domingo 20 de marzo de 2591

Suelo venir aquí cuando estoy triste. Hay algo en estas ruinas silenciosas que me reconforta.

Cojo mi lápiz y hago unos rápidos trazos en el lienzo. Rápidamente, mientras mi mano raspa la tela, los difusos garabatos se van convirtiendo en una estructura más o menos coherente. Las líneas evolucionan, cortándose las unas a las otras mientras dibujo arcos, columnas rotas y las briznas de hierba que asoman entre el abandonado empedrado. Poco a poco, la imagen del Coliseo de Roma se hace reconocible en mi esbozo.

Me detengo, aparto la mirada del caballete y contemplo la vista. Me parece increíble que los seres humanos levantaran esto con sólo sus propias manos. Cierro los ojos y me imagino cómo fue esto hace dos mil quinientos años. Siento que las piedras hablan de las glorias y miserias de quienes las dejaron, relatan cómo se vieron abandonadas y me cuentan incluso la forma en la que se inundaron de turistas durante los siglos xx y xxi.

Pero ahora el silencio es el dueño y señor de estas tierras. En Roma quedan unas veinte personas y todas viven cerca del Vaticano. Es lo único que cuidan los androides. Antes me gustaba más esa zona; me complacía ver las calles bien empedradas, las casas en perfecto estado y la Basílica de San Pedro de una pieza. Pero eso ya no me relaja. Me parece un parque de atracciones para turistas inexistentes, un mero espejismo de la Roma real. Prefiero ver la ciudad de verdad, la de los bloques de viviendas venidos abajo, la de los raíles de tren oxidados, la de las columnas partidas del Foro. Sé que no hay nada que podamos hacer. Admiro las ruinas de la antigua Roma y me digo a mí misma que esto será el destino de la Humanidad, salvo por una cosa: esta vez ninguna civilización posterior vendrá a saquear nuestras ruinas.

Oigo unos pasos que avanzan entre las secas hierbas estivales. Me giro y veo a Arlyn.

—Papá...

—Hola, Michelle. ¿Pintando?

—Sí.

—Te gusta este edificio, ¿verdad? —me dice, señalando al Coliseo.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé; no fue más que un centro de salvajismo y decadencia, pero a pesar de eso me resulta atractiva.

—A lo mejor es por eso. Los humanos sois morbosos —repite. Recoge una espiga dorada al sol y se la pone en la boca mientras hace ver que piensa en algo. No es más que teatro, no lo hace para darse a sí mis-

mo tiempo para pensar, sino para dár-melo a mí. Pretende decirme algo im-portante y quiere que me dé cuen-ta—. Creo que he sido demasiado duro contigo —entona—. Perdona.

—No importa. Me has criado y educado, has hecho tanto por mí... Y sólo me has pedido que terminara tu obra maestra. Pero no soy digna de hacerlo. Supongo que tienes de-recho a sentirte decepcionado.

—¿Crees que sólo lo he hecho porque quería terminar mi obra?
—me dice, llevándome a su regazo.

—No...

—¿Y no crees que si soy un ar-tista tan cojonudo debería haberme dado cuenta de mi error?

—¿Tu error?

Arlyn suspira.

—¿Conoces la historia del edifi-cio de la ópera de Sydney?

—No.

—Es uno de los edificios más em-blemáticos del siglo xx. Una obra maestra, sin duda. Pero su architec-to, Jørn Utzon, sobrepasó el presu-puesto en un 1400%. La pregunta es —hace una pausa y me mira a los ojos—: ¿debemos admirarlo por ser un genio o despreciarlo por despilfa-rrador?

—¿Adónde quieres llegar?

—Jørn Utzon debió haber previs-to el sobrecoste. Yo debí haber pre-visto que tú no podías terminar mi obra maestra... —Hace una pausa—. ¿Sigues dispuesta a ayudarme?

—¿Cómo? Acabas de decir que...

—...Acabo de decir que no pue-des terminar mi obra maestra. Pero puedes ayudarme a que yo la termi-ne.

—¿Qué quieres que haga?

—Dos cosas. La primera es que quiero que escribas sobre tu vida.

—¿Mi vida?

—Sí; criarte a ti me ha llevado muchos años y, dado que no volveré a escribir, te corresponde a ti decir cómo ha sucedido.

—Vale. ¿Y la segunda cosa?

—Un marco. En él estará mi obra maestra.

—¿Un marco?

—Sí.

—¿Cómo debe ser?

—Elígelo tú.

—¿Por qué yo? No sé cómo es tu obra.

Arlyn sonríe.

—Eso lo hará más emocionante.

Me quedo pensativa. Arlyn ad-vierte el cambio que ha operado en mí. Siento cómo se reconectan zo-nas enteras de mi cerebro que esta-ban dormidas. Un hervidero de ideas me asalta.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Un mes.

Asiento. Arlyn se levanta y se sa-cude las briznas de hierba que se han quedado pegadas a sus articula-ciones. Yo guardo mis lápices de di-bujo y me dirijo con él hacia el pro-yector. Tengo mucho trabajo que ha-cer.

Lunes 25 de abril de 2591

Hoy he terminado la historia de mi vi-da. Siento un extraño regusto al es-ccribir estas últimas líneas. Los escri-tores suelen decir que las novelas son mejores que como las habían imaginado pero peores que como les gustaría. Por un lado, sé que litera-riamente hablando no es ninguna maravilla. Es más, Arlyn, cuando la

vea me dirá, como siempre, que es una inmundicia. Pero, por otro lado, escribir este libro me ha servido para comprenderme mejor a mí misma. Todavía me maravillo cuando pienso que unos pocos años atrás era una mocosa incapaz de masticar por mí misma.

Aunque en realidad Arlyn no me ha pedido que escriba esto para que pueda regodearme en mi ombligo. Al fin y al cabo, él es el mayor artista de toda la Historia. No necesita que una adolescente escriba sobre su vida para culminar su obra maestra. Arlyn ha querido que alguien ajeno a él haya registrado estos años; hubiera resultado irónico que ningún humano escribiera sobre el mayor artista de la Historia.

Pero, en el fondo, estoy triste porque, si Arlyn cumple su palabra, no volverá a hacer más obras de arte. Y eso me molesta, porque yo no soy digna de continuar su trabajo.

Mañana se representará la última obra de arte de la Tierra.

Mañana se apagará la última llama de la Humanidad.

Espero que valga la pena.

Seguro que sí; Arlyn nunca me ha fallado.

Martes 26 de abril de 2591

Arlyn se dirige al centro de la tarima y el espectáculo comienza.

Es difícil describir qué sucede. Para eso están las grabaciones, claro, pero lo describiré tal y como lo he sentido. Porque, ahora lo comprendo, Arlyn creó este espectáculo para mí.

Se desata una cortina de fuegos artificiales cuyos petardos mues-

tran un claro parecido con *El Mesías* de Händel. Arlyn martillea una roca caliza y, mientras da forma a la roca, unos campos electromagnéticos ionizan el polvo que generan sus golpes y hacen que el conjunto brille. Todo se sucede con rapidez matemática y resulta mágico e impactante. Mi corazón late con fuerza al reconocer el genio; mis ojos van locos de un lado al otro del escenario, conscientes de la importancia del espectáculo, pero poco a poco un sabor amargo se va apoderando de mí. Sé que es una obra maestra. Veo los gestos, los detalles, y reconozco que apenas comprendo un pequeño ápice de lo que Arlyn quiere transmitir. No sé exactamente para qué ha transformado los “fa” en “sol” cuando interpreta la *Tocata y fuga* de Bach, ni tampoco entiendo los motivos que lo han llevado a reproducir una gran estatura del emperador Yongle sin cabeza, pero algo me dice que sé qué pretende.

Arlyn prosigue su magistral ejecución, cada vez más ensimismado y frenético. El paso del tiempo hace que la representación adquiera un matiz más visceral. Arlyn lo está dando todo de sí en su intento por alcanzar la perfección. Pero me pregunto en qué consiste esa perfección. Arlyn da forma a esculturas de plasma al compás de las ventosidades de unas vacas suizas, dibuja unos genitales enormes en *La rendición de Breda* original y hace chirriar los violines hasta el punto de tener que taparme los oídos. Si hay algún objetivo artístico detrás de tanta ordinariez me gustaría saber cuál es.

La representación se detiene temporalmente. Agradezco este instante que me da Arlyn para pensar,

porque estoy cada vez más confundida. Reconozco el genio, admiro la originalidad, pero empiezo a aceptar que todo esto no me gusta.

Arlyn hace un gesto ampuloso e inicia la coda final de su obra maestra. Sin previo aviso, una secuencia de cargas explosivas estalla en los arcos romanos del Coliseo. Contemplo estupefacta cómo la obra se desmorona levantando una inmensa nube de polvo y ladrillo triturado. Me cubro los ojos esperando una avalancha que nunca llega, porque un campo de fuerza detiene los escombros a escasos centímetros de mi cuerpo. El muy imbécil se ha cargado el Coliseo, ha volado una de las maravillas de la Humanidad. Arlyn sabía que era uno de mis edificios favoritos y el muy cabrón lo ha destruido para satisfacer su inagotable ego.

Toso cuando el polvo llega a mis pulmones. No sé cuánto tiempo Arlyn deja que aspire las entrañas del Coliseo, pero a mí se me hace eterno. La ira se abre paso en mi interior; sea cual fuere su estúpido objetivo, no tiene derecho a tratarme así.

Finalmente, en cuanto la nube de escombros se dispersa un poco, veo a Arlyn avanzar hacia mí.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta.

—¡Maldito imbécil! ¿Qué has hecho?

Arlyn se detiene al borde del escenario y adopta una postura autocomplaciente. Me pregunto qué le hace tanta gracia.

—¿No te ha gustado? —insiste.

—¡Claro que no!

—¿Por qué no? ¿Acaso no ves que soy mucho mejor artista que tú?

Aquello es demasiado.

—¡Me importa una mierda lo jodidamente buen artista que seas! Tengo mi propio criterio.

—Un criterio inferior —incide él.

—Pero es el mío.

Arlyn me dedica una última sonrisa.

—Ésa era la última lección que debías aprender —me dice.

Una señal de alarma salta en mi cerebro. Sin que él me lo haya dicho, comprendo perfectamente lo que va a suceder. Noto cómo un tenebroso vacío se apodera de mis pulmones. Abro la boca, intentando desde decir mis palabras antes de que sea demasiado tarde.

Pero de repente, sin que medie aviso, Arlyn se desploma en el suelo.

Me abalanzo sobre Arlyn, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas. Alzo su polvoriento cuerpo del suelo, pero no hay signo alguno de actividad en él. Lo estrecho contra mi pecho y siento cómo se desvanece el calor de su célula de energía. Arlyn está muerto, muerto. Y con él ha muerto el último artista.

Pero oigo un zumbido a mi espalda. Giro la cabeza y veo que sobre la tarima ha aparecido el marco que he traído. El marco en el que Arlyn decía que estaría su obra maestra. Dejo el cuerpo de mi padre en el suelo y avanzo hacia allí; primero inquieta, luego presa de una certidumbre reveladora.

—No puede ser... —susurro.

Pero lo es. No hay ninguna obra de arte dentro de ese marco. O sí, todo depende de cómo se mire, porque en el marco no hay ninguna fotografía, ni ninguna pintura o escul-

tura. Dentro del marco hay un espejo. Y en el espejo se refleja mi imagen.

Yo soy la obra maestra de Arlyn.

Hay algo que no me cuadra. ¿Para qué iba Arlyn a pasar doscientos años de su vida preparando esto? Al fin y al cabo yo soy el segundo humano que desconecta del ayudante, y en el primer caso no tardó doscientos y pico años en hacerlo ni volvería a hacerlo, sabiendo que el intento está condenado al fracaso. Debe de haber alguna diferencia, ¿pero cuál? He visto las imágenes y los diarios del otro chico, Abdulá, y no se diferenciaba en nada a mí. Era igual de inteligente; hizo más o menos lo mismo que yo. Has trabajado doscientos años, Arlyn, doscientos años; ¿en qué?

Hasta que, de repente, comprendo qué puede haber cambiado. Recuerdo las largas y solitarias noches que pasaba Arlyn frente a las pantallas de ordenador, alterando el *software* de medio planeta.

Deshago el camino que he efectuado hacia el proyector. Cuando llego allí le indico una dirección.

—Computadora, quiero que me proyectes a donde esté el androide más cercano.

La computadora, tras pensar un buen rato, determina.

—No hay androides cercanos, todos están desconectados.

—¿Y los ayudantes? —pregunto, casi gritando.

—Todos los ayudantes están desconectados.

Estallo en una carcajada que hace huir a los pájaros de la sabana. Ahora sé en qué invirtió Arlyn dos siglos de su genialidad: en descifrar los complejos códigos de seguridad de los androides y de los ayudantes, hasta estar seguro de poder desconectarlos. Arlyn se ha ido, pero se han ido todos los demás con él. Nos ha regalado un nuevo comienzo. Sólo lo espero que esta vez sepamos usarlo.

Me dirijo a la terminal de la computadora y veo que Arlyn hizo una última cosa antes de desconectar a los ayudantes. Envió mi historia a todos los humanos del planeta. Lo han visto y, aunque sea bajo la óptica de sus cerebros atrofiados, saben por qué debían desconectarse los ayudantes.

Sonríó. Ahora mismo hay diez mil seres humanos en este planeta que se están cagando en los pantalones, que deben aprender a sonarse los mocos y gatear. Será duro, será difícil, pero sé que podemos hacerlo.

Doy una dirección y cruzo la membrana azulada del proyector. Queda mucho trabajo por hacer.

© PEDRO P. ENGUITA, 2009.

PEDRO PABLO ENGUITA SARVISÉ
(España —Barcelona, 1975—)

Licenciado en Ciencias Físicas, trabaja en el área de Informática, sus autores preferidos son PHILIP K. DICK, URSULA LE GUIN y DAN SIMMONS.

En **NM** 8 publicó *Máquinas de matar*.

¡OH, POR TODOS LOS DIABLOS, DOUG!

JUAN M. VALITUTTI

El *sheriff* Douglas Howard Paltrow, de Salt Lake City, se apeó de su Cherokee y se dirigió por el camino de grava hasta la casa de Greg “Old Major” Thompson.

Cuando el *sheriff* se disponía a asestar un buen par de golpes a la puerta de entrada, pensó que él y Greg se conocían desde la infancia. “¡Cincuenta malditos años!”, masculló para sus adentros, al tiempo que aplicaba sus nudillos sobre la hoja de corteza de nogal.

El *sheriff* se echó para atrás y escupió una buena dosis de tabaco, cuando la puerta se abrió con un rechinado.

—¡Hola, Doug, viejo coyote! —Old Major adelantó su rostro rubicundo y sus rudos modales del norte de Utah y miró a Paltrow de hito en hito—. ¡Pasa, viejo demonio, pasa! —Le franqueó el paso y el *sheriff*, silencioso, cruzó el umbral.

Olía a encierro, a cigarrillos y a cerveza.

—¿Quieres una bebida, Doug? ¡Oye! ¿Estás de cacería? —Thompson apuntó su lata de cerveza hacia

el rifle del recién llegado—. Cualquiera diría que quieres agenciarte a un par de pieles rojas, ¿eh, Doug?

—Le alcanzó la cerveza y ambos pasaron al *living*. Tomaron asiento ante la mesa de paño verde donde acostumbraban jugar al póquer con los hermanos Halliday—. ¿Y bien, Doug? ¿Me dirás qué se te ofrece, o deberé echarte a puntapiés de mi apestosa pocilga? —Greg estalló en una risotada, al tiempo que sus manos de pala resonaban en la castigada superficie de la mesa—. ¡Vamos, hombre! —continuó, restregándose los ojos—. ¿Qué demonios te pasa? ¡Ríete!

Thompson iba a reconvenir el mutismo abismado de su colega, cuando de improviso la voz cascada del viejo *sheriff* resonó entre las cuatro paredes atestadas de cuadros.

—¿Sabes qué, Greg? —Paltrow paseaba la vista por las fotos de los retratos amontonados sobre la chimenea—. Creo que eres un maldito hijo de perra, ¿está claro?

Thompson abrió la boca, pero no dijo nada.

Paltrow mascaba parsimoniosamente el resabio de su tabaco, cuando desvió la vista de los recuerdos y se detuvo a observar el rostro demudado del anfitrión.

—Oye..., Doug, ¿qué te pasa? —Old Major rodeó el antebrazo de su amigo—. ¿Peleaste nuevamente con Sue Ann? ¡Oh, vamos! ¡Ya te dije que a las mujeres hay que...!

—Sue Ann está muerta. La encontré hecha pedazos en el granero. Aparentemente fue un animal. —Paltrow se interrumpió, retiró la mano que yacía trémula sobre su antebrazo y estudió a su interlocutor—. Fue la misma bestia que dio muerte a las cabezas de ganado de los Peabody.

Greg “Old Major” Thompson echó su silla para atrás, se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre el teléfono.

—No tienes por qué llamar a la policía, Greg. Yo soy la policía, ¿recuerdas? Como cuando éramos niños... Tú siempre eras el apache; yo, el *cowboy*. Yo salvaba... —Paltrow tragó saliva—. ¡Yo salvaba a Sue Ann, que era la dama en apuros, con un demonio!

Thompson, petrificado, exangüe, observaba desde su puesto, aferrando aún el tubo del teléfono.

Intentó abrir la boca nuevamente, pero el hombre de la placa al pecho volvió a adelantársele.

—¿Qué hora es?

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿La hora? —Thompson señaló un reloj de péndulo colgado de la pared—. ¡Ahí tienes la maldita hora, viejo demente!

Paltrow dirigió una mirada lánguida hacia la pared. Estudió el cuadrante del reloj con los ojos fruncidos, mientras mascullaba algo por lo bajo.

—Oye, Doug, creo que no estás bien, ¿eh, amigo? Creo que haré esa llamada después de todo y...

—¡Se acerca la hora! —Paltrow armó su rifle.

—¿La hora? —Thompson no apartaba la vista del rifle del *sheriff*—. ¿La hora para qué?

—¿Cuántas veces me engañaron tú y Sue Ann, Greg?

Thompson empalideció.

—¡Oh, por todos los diablos, Doug! —Thompson se acercaba, vacilante, a la mesa—. Oye, Doug, hablemos, ¿quieres?

—¿Sabes, Greg? Tengo un plan. No es muy bueno, ni muy brillante; ¡pero es un plan, por todos los diablos! —Paltrow depositó la enorme y pesada carga de su rifle sobre el paño verde—. Los muchachos vienen en camino; ya sabes, una emergencia: el viejo Paltrow está en problemas. —El *sheriff* renovó su cuota de tabaco, masticó mecánicamente y expelió una masa viscosa sobre los arabescos de la alfombra de Old Major—. ¡Oh, sí, Greg! ¡Esos nenes de mamá darían la vida por mí, no lo dudes!

Thompson tomó asiento ante la mesa. Tenía que calmar al viejo; estaba perdido si no intentaba algo. Su mano permanecía a un palmo del rifle, pero un movimiento en falso y terminaría en el infierno. Miró al *sheriff*. Lucía macilento, estático como un monolito, y pequeño detrás de la mesa. Mascaba su tabaco con el lento rumiar de una res estúpida, y escupía al suelo.

El reloj de péndulo comenzó a colmar el cuarto con diez campanadas.

—Quiero marcharme, Greg, y quiero que tú hagas otro tanto, ¿entiendes? —Paltrow masticaba con parquedad—. Pero, como sabes, soy el comisario de este agujero, y no quiero partir sin antes hacer mi trabajo. —La décima campanada del reloj vibró con la densidad críptica de una cuerda de violín al romperse—. Debo resolver un caso de homicidio, Greg: el deceso violento, ja dentelladas!, de la señora Sue Ann Paltrow. —La mano fibrosa del viejo comisario tanteó el frío gélido del rifle—. Y dos asuntos menores: la muerte que sufren las cabezas de ganado de los Peabody, y un tema de traición. —Paltrow clavó los ojos en su amigo—. ¡Tu traición, Greg! —Los dedos de Paltrow se cerraron sobre el rifle.

Thompson se mordió los labios temblorosos y se enjugó el sudor de la frente.

—Oye, Doug, estás pensando mal, amigo; no sabes lo que dices. ¿Por qué no...?

—¡Ya es hora, Greg! —Paltrow se levantó violentamente; la silla se derrumbó a sus espaldas—. ¡La luna está alta!

—¿La luna? —Thompson se incorporó, el rostro desencajado—. ¿Oye, Doug, de qué diablos...?

Pero se interrumpió.

¡Con horror, Greg “Old Major” Thompson se interrumpió!

El rostro de Paltrow...

¡El rostro del *sheriff* Douglas Howard Paltrow cambiaba!

Sus rasgos se acentuaban, se consumían laboriosamente, al tiempo que su mandíbula se proyectaba, abandonando todo componente terrenal. Bastó poco más para que unos ojos llameantes y demoníacos

se clavarán en el único ser humano que quedaba en la habitación.

—¡Piensa rápido, vaquero! —La cosa que todavía era la principal autoridad de Salt Lake City arrojó el rifle directamente a las manos del boquiabierto Thompson.

Old Major apesó el arma y se la quedó mirando como el más imbécil de todos los idiotas.

Aunque no por mucho tiempo...

Paltrow... *¡rugía!*

—¡Oh, por todos los diablos, Doug! —Thompson levantó el arma, en el momento preciso en que unas garras infinitamente afiladas se clavaban en su torso. La detonación retumbó en la casa con el estrépito de un alud—. ¡Oh, Doug, mírate, mírate!

Paltrow se retorció en el suelo: la bestia en que se había convertido se retorció en el suelo.

Thompson, frenético, giraba como un demente en torno a la cosa que chillaba y se contorsionaba de dolor.

—¡Oh, mírate, Doug, mírate! —Thompson caminaba de un lado para el otro, sujetando el rifle con la tosquedad de un soldadito de plomo—. ¡Un maldito hombre lobo, qué demonios, Doug! ¡Un maldito hombre lobo desangrándose sobre mi condenada alfombra! —Thompson se acercó, rifle en mano, y se inclinó sobre la bestia—. ¡Me llevan todos los diablos, viejo del mismísimo Belcebú!

La cosa, que se había reducido a una enorme masa de pelos engreñados, se limitó a girar su enorme cabeza, buscando los ojos desorbitados del dueño de la casa.

Los ojos de fuego se clavarón en los del bípedo armado.

—¡Perdóname, amigo! —Thompson cayó de rodillas—. Sue Ann... Yo...

Los ojos de fuego llamearon como las ascuas del infierno; los cuartos traseros se activaron con la prestancia de martillos neumáticos. La mandíbula enorme, orlada de filosos dientes, se abalanzó y cayó con la furia del instinto sobre el imprudente Thompson, que nada pudo hacer.

La presa humana sintió que los dientes se clavaban en su carne, ¡y que la carne gritaba y se desgarraba, y que la carne gritaba y se desgarraba...!

El dolor arrancó el grito de su boca desmesuradamente abierta, y cuando el dolor menguó, la presa humana abrió los ojos y se encontró con los llameantes del monstruo, que lo interpelaban con un interrogante sobrehumano.

¡Había lágrimas en los ojos del engendro!

—¡Doug...! —El intenso dolor consumió las palabras en la boca de Thompson.

Entonces la bestia separó las fauces con el rechinido maquinal de una trampa para osos.

El padecimiento fue inmenso, pero el grito se interrumpió ante la contemplación colosal del monstruo a punto de rematar a su víctima.

—¡Lo siento, amigo! —Una ráfaga de muerte escapó por la boca del cañón que empuñaba Thompson; la bestia se despegó furiosamente del piso y se estrelló contra la vieja mesa, cayendo exánime, con un estertor desarticulado, que derivó en una poderosa convulsión y, luego, en una lapidaria nada.

Thompson se puso en pie, como pudo, apoyando su peso tajeado y ensangrentado sobre la culata del rifle.

Se acercó al monstruo que yacía a medias sobre la mesa derrumbada. Se detuvo. Miró el arma en sus manos y revisó el cargador.

Una bala de plata lo saludó desde el interior de la recámara.

“¡Sí que tenías un plan, Doug!”

Entonces recordó las palabras de su amigo, lejanas como un eco antiguo, pero prístinas y preocupantes: “¡Oh, sí, Greg! ¡Esos nenes de mamá morirían por mí, no lo dudes!”

Un instante después las sirenas y luces de un par de patrullas invadían con sus sonos rojos y azules las inmediaciones de la propiedad de Thompson.

—¡Oh, por todos los diablos, Doug! —Old Major se abalanzó sobre el hueco de la ventana más próxima—. ¡Demonios, claro que tenías un plan...!

Pero, después de todo, ¿cuál era el problema?

Thompson le dio la espalda a la porción de noche de la ventana y contempló la escena de la batalla.

Todo lo que tenía que hacer era señalarles a los oficiales el...

Entonces, demasiado tarde, comprendió.

—¡Oh, por todos los...! —No alcanzó a terminar la frase: los oficiales ingresaban, prestos y eficientes, en el momento exacto en que Thompson se inclinaba sobre el cuerpo demasiado humano del *sheriff* Douglas Howard Paltrow.

—*¡Y bien, Greg!* —dijo una voz—. *¿Qué aventura, ah?*

Thompson se detuvo a la salida de su casa, abruptamente, y miró en torno suyo.

Los oficiales que lo conducían esposado al interior de la patrulla lo impelieron a que bajara los escalones del desvencijado porche.

—*¡Muévase, amigo! ¡Tendrá mucho que explicar cuando lleguemos a la comisaría!*

—*¡Oh, no te dejes intimidar por los oficiales, Greg!* —rió la voz—. *Sólo hacen su trabajo, ¿sabes?*

Thompson balbució algo: —*¡Es una voz...!* —dijo—. *¿La oyen?*

—*¡Claro que sí, amigo! —apuntó uno de los oficiales—: ¡Una voz! ¡Sólo le recuerdo que todo lo que diga podrá ser usado en su contra!*

—*¡Bla, bla, bla y bla!* —se mofó la voz—. *O como diría el Bardo: “¡Palabras, palabras, palabras!”.*

Thompson se zafó de los brazos que lo atenazaban y cayó de rodillas.

—*¡Oh, Dios!* —chilló—. *¡Debo de estar perdiendo la cabeza!*

—*¿Qué es lo que haces, Greg?* —La voz sonaba colérica e indignada a la vez—. *¿Crees que quiero cobardes en mis filas? ¡Arriba, soldado!*

—*¿Qué demonios cree que hace, amigo?* —Dos oficiales se arrojaron sobre el cuerpo estremecido del

reo—. Si intenta algo estúpido, ¡lo pagará muy caro!

Introdujeron a Old Major al interior de la patrulla.

Cerraron la puerta ruidosamente.

Dejaron atrás la propiedad de Thompson y guiaron por la carretera principal.

—*Déjate llevar, Greg...* —sugirió la voz—. *¡Ya tendrás tiempo para acabar con ellos convenientemente!*

Thompson levantó la cabeza y miró desfallecido a uno y otro lado.

—*¡Oh, vamos, Greg! ¡Sabes tan bien como yo que todo este asunto no durará mucho!* —Ahora la voz sonaba sugerente—. *¿Acaso no sientes que tu sangre humana es devorada trozo a trozo por un torrente de furia primitivo y ciego?* —La voz hizo un alto, y luego agregó—: *Mira por la ventanilla, Greg, y dime qué es lo que ves.*

Thompson miró a su derecha.

Apenas podía atravesar el oscuro manto nocturno.

—*¡Oh, no te dejaré solo, Greg!* —continuó la voz—. *¡Vamos! Mira al cielo, y dime qué es lo que ves.*

Thompson obedeció...

... y, proyectando unos caninos enormes y voluptuosos, sonrió.

La luna llena, esplendente y cadavérica, le devolvió la sonrisa desde el negro cielo de Utah.

© JUAN M. VALITUTTI, 2009.

JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Activo escritor, viene publicando su material en diversos *e-zines* y *fanzines* del medio.

En **NM** colaboró con *Una flor* (# 11) y *La última frontera* (# 13).

Metal y morfosis

La realidad son pensamientos cableados
la locura códigos matriciales
las sombras los límites.

El colapso desciende acelerado
manifiesto en una tormenta de metal
distorsionando las formas
haciendo saltar las alarmas.

La nueva morfología ha llegado
laberinto de raíces que apagan los sistemas
muros de la nueva carne.

No hay muerte
ese es un concepto arcaico
llega la renovación
de los vestigios obsoletos.

Renacimiento infinitesimal

Nuevos albores de la creación artificial
la fiel imitación de la divinidad
la réplica exacta de la vida.

Y yo describo todo esto
ya sin ningún rencor
dejando atrás el pozo de la antigua realidad.

Y yo palpito con fuerza
con este nuevo corazón insertado

con esta ilusión morfoseada
con este amor reprogramado.

La muerte del último Tecno-Tarot

La muerte me llamó con sus ojos electrónicos
yo respondí con hueco silencio ante el muro holográfico,
las cadenas de dígitos se reconducían
en mi alma artificial fraccionada,
las visiones se hacían cenizas
la tierra quemada clamaba herida.

Después fueron varios pasos
con las piernas modulares,
mientras el suelo se agrietaba
y crujía bajo mi funesta figura mercurial.

El sol sanguíneo se ocultaba
entre turbulentas nubes de humo
y mi visión lo escaneaba todo.

La torre dorada todavía permanecía en pie,
no se resignaba a inclinarse
y caer al suelo quebrada.

Yo llegué furtivo hasta ella
su puerta contenía vida semiorgánica
y era la celosa guardiana.

Nada más detectarme
creó un rígido escudo
para impedirme el paso,
pero yo disponía de una antigua arma
robada de algún pasado alternativo.

De mi almacén extraje el pequeño frasco
y una de mis manos se convirtió en una aguja,
sin compasión inoculé el veneno
pinchando la membrana de la barrera.
La puerta se convirtió en un rostro
que se deformó dolorosamente
y después se disgregó en fragmentos.

La entrada quedó libre,
y mi camino marcado
por las directrices del tormento,
sino de mi objetivo programado.

Más adelante llegué hasta la urna de ébano
del último Tecno-Tarot,

y con mis rayos de energía oscura
lo destruí para siempre,
de esta forma cerraba cualquier futuro posible
dejando como única posibilidad
nuestro gobierno, reino de los Nuevos Mecanoides.

© CARLOS DAMINSKY, 2009.



CARLOS DAMINSKY
(España —Alcoy, 1973—)

La primera tanda de estos poemas apareció en **NM 14**. También publicó los cuentos *Arquetipo* (# 9) y *Yo soy un "cyberpunk"* (# 11).

TALLER DE ESTRUCTURA Y ESTILO NARRATIVO

Coordina: CLAUDIA CORTALEZZI
<http://www.redescritoresespa.com/C/cortalezzi.htm>

Taller personalizado, acreditado por MARCELO DI MARCO
("Taller de Corte & Corrección")
Modalidad: PRESENCIAL o VIRTUAL

Contacto: clauro@speedy.com.ar / claro65@yahoo.com.ar

LA LEY PREMUERTE

MAGNUS DAGON

Dedicado a JORGE VEGA

Aún recuerda el suave olor del champú en su pelo, sus mejillas sonrosadas e imperfectas y su sonrisa juvenil y discreta cuando se acercaba para hacerla suya. ¿Fue realidad o sólo un recuerdo en su mente? Piensa, lamentado, que tal vez nunca lo sepa...

D. Kronecker era una persona que solía moverse bastante deprisa cuando andaba por la ciudad. Sin embargo aquella tarde ralentizó ligeramente el paso, a pesar de tener que andar mucha distancia, ya que iba al bufete de Trent, y su piso —el que fue el piso de ella y él, pensó, en un fugaz recuerdo melancólico— estaba en las afueras de la ciudad. Tenía mucho que pensar todavía, y el camino era un lugar tan bueno como cualquier otro para hacerlo. Podría haber cogido el transporte público, por supuesto, pero el día invitaba a disfrutar de él. En realidad, la ciudad entera lo disfrutaba. Era una ciudad decadente y hostil, pero había algo distinto en ella, algo épico; no era la típica ciudad gris, cuadrada, recta y simétrica. Las plantas se extendían por todas partes, entre edificios, por las calles

asfaltadas, mostrando ese aparente desorden tan propio de la naturaleza. Era como si el mundo salvaje y el mundo civilizado estuvieran luchando, y la ciudad fuera el campo de batalla. Había una esencia, un halo que rodeaba todo, y que lo envolvía de un toque de misterio, un ligero toque céltico para un reino de hojas, cristal y hormigón. Pero Kronecker era ajeno a todo aquello. El único reino en el que reparaba era el de la incertidumbre y, de algún modo, pobló de sombras su mente, estando —como estaba— rodeado de luz.

Al fin llegó al bufete. No era un edificio especialmente lujoso, pero tampoco se fundía impasible en el ambiente. Entró por la puerta principal, atravesó el *hall*, lleno de plantas, y se dirigió al despacho que ya conocía bien, aunque —de no haberlo conocido— no le habría costado encontrarlo, pues las palabras M. TRENT, ABOGADO lo presidían sutilmente. Llamó y entró sin casi hacer ruido.

Trent se encontraba sentado en su mesa de oficina, enfundado como siempre en su traje y corbata, revi-

sando unos documentos de baja laboral de uno de sus clientes. Tenía un buen presentimiento acerca de ese caso, aunque pensaba en lo que ganaría el bufete, en el porcentaje que se llevaría él, y le hervía la sangre.

—Hola, Kronecker —dijo en cuanto reparó en su presencia—. Pasa, siéntate.

—Gracias —dijo con su voz débil y susurrante.

—¿Qué tal en la agencia?

—Nos va bien, aunque tenemos casos raros últimamente.

—Mándamelos a mí. Seguro que son tipos que pretenden estafar a su seguro.

—Así lo creen en mi empresa, pero sin pruebas...

—Dime, ¿qué querías? Parecías nervioso esta mañana cuando llamaste.

Kronecker se tensó. No era fácil decir lo que le pasaba por la cabeza.

—Creo que ella no está muerta —susurró.

Trent dejó los documentos y lo miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabes.

—Eso ocurrió hace tres años. Creí que ya lo habías olvidado.

—Hay algo que me lo ha traído de vuelta.

En realidad, nada lo había traído de vuelta, pues nunca lo había olvidado. Trent estaba cansado, pero decidió callar y escuchar lo que su amigo tuviera que decir, cosa no muy habitual en él.

—Bien, suéltalo.

—Ella no está muerta. Está premuerta.

Trent no se pudo contener.

—Sabía que tarde o temprano acabarías diciéndome algo así —co-

mentó, mientras daba vueltas por el despacho—. Más o menos una vez por semana viene algún cliente por aquí y me dice que su marido, o su hijo, o su madre, no ha muerto, sino que están premuertos, guardados en algún sitio como sardinas en lata.

—Entiendo tu escepticismo, Trent —argumentó Kronecker, que ya tenía preparada una defensa verbal—, pero piénsalo por un momento. Cuando tuvo el accidente acabábamos de romper, y sabes que sufrió mucho. La llamada fue hecha por un desconocido, nunca vimos su cuerpo, no fue enterrada.

—Te llamó un funcionario anónimo más, como todos los que pueblan esta ciudad; el accidente de coche destrozó su cuerpo; fue incinerada como algo simbólico. Lo que te ocurre es que sigues enamorado de Laran tan ciegamente que no te das cuenta de que amas a un fantasma.

Kronecker sintió un pálpito, una ligera falta de aire; no por la rudeza de Trent sino por oír, una vez más, el nombre de ella. A veces deseaba que ella le hubiera hecho daño para odiarla con todas sus fuerzas; sentirse como un monstruo y poder ignorar, de una vez por todas, pálpitos como aquél.

Pero sólo a veces.

—Sigo creyendo lo que te digo —objetó—. Como ella, muchas personas desaparecieron, se esfumaron o murieron en extrañas circunstancias. La siniestralidad de accidentes de tráfico se disparó sin que el gobierno ni los estadistas se lo expliquen. Vendemos muchos seguros, Trent.

—¿Y según tú qué están? ¿Premuertos?

—O tal vez posvivos.

Trent se sentó de nuevo. Hacía tiempo que no oía esas palabras. Le costaba creer en todas esas cosas, pero admitía que algo raro pasaba al respecto. La premuerte, para él, era un vacío legal, la posibilidad de morir por anticipado en un plácido sueño, el sueño que tal vez la verdadera muerte nunca dé, supuestamente a cambio del anonimato total. La posvida era más increíble aún de creer, si cabe; sustituir los recuerdos por los de otra persona que a su vez también habría elegido posvivir y, al igual que con la premuerte, el anonimato estaba garantizado. Pensó que eso eran leyendas del mundo moderno, mantras que tenían alienados a los ciudadanos y que los apartaban de las verdaderas preocupaciones, como el paro o la delincuencia. Miró a Kronecker y se calmó. Era una persona con un temperamento encendido y fácilmente irritable.

—Escucha, Kronecker —dijo tranquilamente, con más tranquilidad de la habitual en él—, aunque lo que dices sea cierto, no podemos hacer nada al respecto. La fundación Devan hace firmar estrictos contratos de confidencialidad a sus clientes y empleados; no hay por donde echarles el guante.

Pero Kronecker no se rendía con tanta facilidad.

—Hace años no pensabas así, cuando tú y tu bufete tratasteis de impulsar la Ley Premuerte.

—Eran otros tiempos. La Devan ahora es un bastión inexpugnable.

Trent recordaba aquellos días. Se reconoció a sí mismo que si en aquel momento se interesó por la Ley Premuerte, una ley que obligara a la Fundación Devan a hacer públicas

sus listas de clientes que habían solicitado premorir, era por la fama y el dinero que sabía que le habrían reportado, del mismo modo que sabía que las cosas no eran tan distintas ni habían cambiado tanto. La Devan sólo era un poco más grande y él jugaba un poco más sucio.

—Sigo pensando que os podéis meter en ello, o por lo menos tú.

—¿Qué quieres, que sea mi cruzada? Me despellejarán vivo y repararán mis despojos entre todos los medios de comunicación.

—No pienses, como siempre, que lo haces por ti mismo, Trent. Piensa en ella. Piensa en Laran.

La voz de Kronecker sonaba como sólo suena la de un hombre que ya ha recorrido todos los caminos que conoce.

—Sé lo mucho que querías a Laran, Kronecker, y que te afectó mucho que todo ocurriera en aquellas circunstancias, cuando estabais en la cuerda floja, pero olvídalo, por favor —intentó por última vez Trent.

—Esta vez estoy seguro, Trent. Confía en mí. Vamos a desbaratar la Fundación Devan pieza por pieza. Se supone que te gusta arriesgar, ¿no? Pues ésta es mi apuesta.

—Tú y yo contra una corporación. Es un suicidio.

Esbozó una sonrisa maquiavélica.

—Pero si vas a caer, caerás conmigo —dijo al fin.

Se agita débilmente de un lado para otro, leves movimientos de su bello cuerpo inesbelto, y aunque no sea del todo consciente de ello, por fin ha comprendido que ni el más profundo y dulce de los sueños podrá hacer que se libre de las pesadillas de su alma.

Poco a poco, sin hacer mucho ruido, Trent fue sacando del olvido y reorganizando el material que tanto él como el bufete habían empleado en su momento para presionar a favor de la Ley Premuerte. No sería fácil, menos aún con el precedente del fracaso —una objeción que los abogados de la Devan no tardarían en sacar a relucir—, pero ya sabía cómo enforcarlo. ¿El Estado contra la Fundación Devan? Ridículo. ¿D. Kronecker contra la Fundación Devan? Desproporcionado. No, ya sabía hacia dónde dirigir el río para que, llegado el momento, se convirtiera en océano.

Sus movimientos no tardaron en llamar la atención, y finalmente la Fundación Devan se puso en contacto con él, para invitarlo a una pequeña entrevista, decían, pero a Trent le sonaba, sin más, a un careo. Insistió para poder ir acompañado por un ayudante y que le concertaran cita para unos días después.

El Instituto Devan era un lugar agradable y cálido, de amplísimos techos y grandes paredes transparentes que no formaban ángulo recto entre sí, con vistas a un vergel inundado de exóticas y tropicales plantas que proporcionaban un incierto cobijo emocional. Kronecker y Trent entraron por la inmaculada puerta blindada principal y, tras presentarse, se sentaron un momento, pues enseguida serían atendidos. Trent distrajo su mirada en el suelo granítico y desgastado, propio en ruinas selváticas de culturas milenarias, y Kronecker se fijó, como muchos otros solían hacer, en el emblema de la Fundación. Era la silueta de un hombre, hecha con finos trazos curvos, más cerca de lo abstracto que de lo concreto,

que permanecía de pie con el cuerpo un poco ladeado hacia su derecha. Tenía un corte de cuña en la cabeza, que se le dividía en dos, como si fuera un plátano a medio pelar, que resultaba estremecedor, a pesar de lo lejano que estaba el símbolo del realismo. Kronecker pensó que era por el miedo que el ser humano tiene a pensar que su mente está dividida en dos, sin siquiera saber bien qué hay en cada una de las partes, pero no pudo pensarlo mucho más, pues al poco tiempo se les acercó un hombre pulcramente vestido.

—Pasen por aquí —dijo señalando una puerta al fondo del vestíbulo, escondida a miradas curiosas—. La señorita A. Devan les espera.

Kronecker esperaba haber encontrado un gran laboratorio con cientos de aparatos demasiado obtusos y crípticos para estar destinados a algo no ilegal, pero en vez de eso sólo encontró ajeteo de empleados de un lado para otro, funcionarios cerrando tratos comerciales, clientes sentados en mesas recubiertas de mamparas a la espera de ser atendidos; la imagen no distaba mucho de la que hubiera dado una gran sucursal bancaria. Trent se mostró más indiferente ante la visita guiada que le estaban ofreciendo. Estaba acostumbrado a que las grandes corporaciones se empeñaran en enseñarle su cara bonita.

Finalmente atravesaron un amplio pasillo en pendiente descendente, pasando de largo montones de subcorredores, como se pasan de largo las ramas de un árbol mientras se trepa por el tronco, hasta llegar a un despacho más parecido a la imagen que Kronecker buscaba, derrum-

bada la fachada de la empresa bancaria. Tal descubrimiento no hizo sino afirmarlo en sus intenciones de proseguir hasta el final.

Una mujer joven, de aspecto frágil, estaba esperándolos. Daba una incierta sensación de sacerdotisa o criatura ancestral mientras se movía y hablaba, midiendo sus acciones cuidadosamente, las manos a la espalda. Se sentó y ofreció asiento a sus dos visitantes. Al sentarse, tanto Trent como Kronecker apreciaron que su ojo derecho era marrón y el otro azul, lo que dotaba de gran color, por contraste visual, a este último.

—Bienvenidos. Soy A. Devan, la presidenta de la Fundación.

—M. Trent, y mi ayudante, D. Kronecker —mintió Trent sin pestañear. En realidad le importaba poco que lo descubrieran o no.

—Tengo entendido que se ha visto interesado por nuestro trabajo, señor Trent —dijo Devan.

—Así es, pero mi interés es puramente profesional. Estaba recogiendo datos acerca de su empresa.

—Creo que estoy en mi derecho de saber para qué necesita tales datos, señor.

Kronecker permanecía atento y callado. Prefería oír hablar a aquellas dos pequeñas pirañas.

—Faltaría más. Verá, la avalancha de casos de extraños accidentes virtuales, suicidios y similares que en los últimos años se están produciendo me han motivado para solicitar cierto esclarecimiento de información al respecto. Información que tiene que ver con la premuerte, una rama de sus... —hizo una pausa— investigaciones.

—He de suponer que se refiere a sus listas. Y, por extensión, a la Ley Premuerte.

—De eso se trata —añadió Kronecker, con un rescoldo de voz.

—Debo decirle, señor Trent —comenzó Devan—, que pide algo muy complejo y difuso. No somos una empresa normal, y por lo tanto no podemos sentirnos regidos por leyes normales. Tenemos una razón de ser más metafísica, más ligada a la esencia de la humanidad, presente mucho antes que las normas o las jerarquías. Estamos hablando, sin más, de vida y muerte.

—Pero la ciudad tiene derecho a conocer esas listas —interpeló Kronecker—. Deben ser datos públicos.

—No podemos violar la confianza que han depositado en nosotros nuestros clientes. La premuerte es, para ellos, la paz que en vida no tuvieron. No sabemos qué se oculta tras la muerte, y tal vez nunca lo sepamos, pero gracias a la psicocirugía —cerró los ojos lentamente— dichas personas tienen aquello que desean.

—Creemos que dichas listas son un deber constitucional, y así lo manifestamos —añadió Trent, siendo más directo.

—A veces los tipos como usted me sorprenden. Trabajan sin cesar en su despacho gris y un buen día salen a la calle y deciden hacer suyo el mundo. Los bufetes son previsibles; si no fuera por tipos como usted, la vida sería mucho más aburrida. O la posvida —completó, con un leve giro de cabeza.

Trent tenía una expresión ciega y vacía, propia de años de experiencia, mientras en su interior calibraba las armas y las guardaba para otra ocasión.

—De todos modos —continuó Devan—, me sorprende ese repentino ataque contra la premuerte, algo que ya parecía superado, como la posvida.

—La premuerte no es más que lanzar al agua a una persona que quiere ahogarse —dijo Kronecker en un arrebato—. No son nadie para hacer algo así.

—Usted sólo ve ese punto de vista, pero todo el que viene aquí es libre de elegir; nadie lo obliga. Además, olvida la otra cara de la moneda, la posvida. Si la premuerte es el final anticipado, la posvida es un nuevo comienzo, una segunda oportunidad para mentes quebradas.

Kronecker recordó el emblema de la Fundación, y casi al instante le vino a la cabeza la imagen de Laran, y la unión de ambos pensamientos le oprimió el corazón. En ese mismo momento Trent pensó también en Laran, de una manera noble, bella; desconocida incluso para sí mismo.

—Creo que debemos irnos —corrió Trent, apartando ese fugaz y vulnerable pensamiento de su mirada—. Supongo que volveremos a vernos.

—Eso depende de ustedes —contestó Devan.

Hubo un ligero silencio, en el que se dispusieron a levantarse e irse.

—Nos veremos, pues —contestó Kronecker para sí mismo, mientras subían de nuevo el pasillo.

Por un momento, un fugaz momento, siente que tiene los ojos abiertos. No es así. Sólo lo recuerda vagamente; así como lo que ella le ha hecho. Si pudiera encontrar un orden a sus pensamientos concluiría que está suplicando, rogando que la rescate. Pero lo único que puede hacer es flotar

a la deriva en el océano de su propia inexistencia.

Las escaramuzas y batallas legales que siguieron fueron largas y complejas. La Fundación Devan basó su estrategia de ataque en la guerra de desgaste, en atosigar al enemigo con apelaciones, citaciones y denuncias que no hacían sino ralentizar el proceso y convertirlo en una pesada carga que tarde o temprano Trent no sería capaz de soportar. Pero M. Trent contaba con tal eventualidad, y convirtió el lento paso del tiempo en un arma a su favor.

Poco a poco, sin demasiado ruido, la noticia de que se apelaba por la Ley Premuerte caló en la ciudad, a pesar del esfuerzo de la Fundación por ocultarlo, manipulando para ello a los medios de comunicación que tenía a su alcance, que eran casi todos. Miles de personas contactaron con Trent, personas cuyas vidas habían sido afectadas de una u otra manera por la premuerte, en su mayoría familiares de desaparecidos o fallecidos dudosos, exponiendo su caso e intenciones de sumarse a la causa, como ellos la entendían. No tardaron en ser decenas de miles, una ingente cifra que sorprendió al mismo Trent. Para aquel entonces su bufete ya se había dado cuenta de la bomba que tenían entre manos y tomó cartas en el asunto. Estableció una denuncia conjunta en nombre de todos los afectados y llevaron a la Fundación Devan, una vez más, a juicio, un juicio interminable que minó la moral de los denunciantes y que hundió sus esperanzas de derrotar a una gran corporación. Pero los más poderosos no siempre son los más fuertes, por lo que finalmente la ley llegó a ser dis-

cutida en el parlamento, a pesar de la nulidad de todos los procesos previos. La Ley Premuerte fue aprobada tres años después de la visita de Trent y Kronecker al Instituto Devan; sin embargo, Trent conocía bien las triquiñuelas legales que rodeaban a ese tipo de decisiones y, si normalmente las leyes tardan años —a partir de la fecha de aprobación— en ser aplicadas, la presión de la Fundación sería tan grande y constante que la Ley Premuerte jamás llegaría a entrar en la oxidada maquinaria de la justicia. Así lo comprendió y así se lo hizo saber a Kronecker mientras permanecía sentado en su despacho, un caluroso día de verano, sudando abundantemente pero aun así embutido en su traje y corbata, como si fuera un ser de una sola pieza.

—Esto no puede acabar así —surró Kronecker enfurecido—. No después de tanto tiempo.

—Pero va a acabar así, Kronecker —concluyó Trent—. Tienen el sistema a su favor, y ya lo hemos probado todo. Están blindados contra nosotros. La gente puede seguir agolpándose a las puertas del Instituto Devan, pero no van a conseguir nada.

—No tenemos que jugar necesariamente en el tablero que nos pongan.

—¿Y qué sugieres? ¿Entrar por la fuerza? —replicó Trent—. Podrían matarte si quisieran y no tardarían más de dos horas en cubrirse las espaldas con decenas de elaborados argumentos. Yo también quiero saber qué ocurrió realmente con Laran, pero creo que es demasiado tarde para eso.

Trent seguía pensando en la fama y el dinero, pero por una vez fue

sincero al hablar de Laran. En su egocéntrico corazón había despertado algo desde que comenzó aquel largo litigio, algo que no podía comprender pues no había sentido antes nada igual y, si lo había sentido, ya lo había olvidado.

—Esto no va a quedar así. Algo pasará, ya lo verás.

Kronecker era un idealista, la clase de personas que lo darían todo por defender una convicción, y que suelen caer en su propia desesperación al ver que el mundo no va a escucharles.

Y, sin embargo, el mundo escuchó a D. Kronecker.

Sucedió varios meses después. En mitad de la noche, el teléfono despertó a Kronecker, sacándolo de un ligero sueño en el que, por fin, por primera vez desde hacía mucho tiempo, ella no aparecía.

—¿Sí?

—Levanta, Kronecker. Tenemos que movernos.

—¿Qué pasa?

—El océano está rugiendo —contestó Trent.

Fueron al Instituto Devan todo lo deprisa que pudieron, y el espectáculo que contemplaron al llegar allí fue dantesco: la multitud había decidido tomarse la justicia por su mano, asaltando las puertas del Instituto por la fuerza. Los guardias de seguridad no sabían por dónde empezar; la mayoría de ellos se largaron y desaparecieron en la tupida espesura selvática.

Trent se quedó inmóvil, sin saber qué decir ni qué hacer. Para él aquello suponía el fracaso del Derecho, pero pronto admitió que no es malo ganar haciendo trampas si el oponente ha estado durante toda la partida

usando cartas trucadas. Kronecker, por otro lado, estaba más receptivo.

—Vamos —dijo—. Tenemos que aprovechar esta pequeña revolución y colarnos dentro.

—Pero eso es allanamiento —dijo Trent.

—¿Quieres saber qué pasó con Laran? —replicó Kronecker, seguro de sí mismo—. Pues puede que ésta sea nuestra única ocasión de averiguarlo.

Trent no tardó en estar de acuerdo con su compañero, y los dos se pusieron en marcha hacia el interior del Instituto. La gente peleaba con los empleados y los pocos guardias que quedaban, pues la Devan funcionaba las veinticuatro horas del día, y vagaban de un lado para otro sin saber qué buscar ni dónde. Pero Trent y Kronecker sí lo sabían. Tenían que ir al gran pasillo descendente; tenían que ir a las ramas del gran tronco.

Se adelantaron a la masa que registraba los corredores y llegaron al fondo del pasillo, donde se encontraba el despacho de A. Devan.

—Todo se ha echado a perder —dijo una voz a sus espaldas.

Se dieron la vuelta y allí estaba la doctora Devan en persona, su ojo marrón penetrante y llameante en rabia, y su ojo azul gélido y helador.

—Si no hubiera ocurrido hoy, hubiera ocurrido otro día —agregó Kronecker.

—Sólo son un par de ignorantes —añadió Devan, con una sonrisa a medias difícilmente interpretable.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Trent intrigado. Tenía la sensación de estar hundiéndose a cada paso.

—Siganme —dijo Devan, abriendo una puerta blindada.

Trent y Kronecker miraron la entrada del pasillo.

—No se preocupen por esa chusma. No podrán con esta puerta.

A ninguno de los dos le gustaba aquella mujer tenebrosa de ojos asimétricos, pero se miraron y coincidieron en que, ya que habían empezado, llegarían hasta el final. Entraron y Devan cerró la puerta tras ellos. Poco después se oyó el griterío de la multitud al otro lado.

Avanzaron por un estrechísimo pasillo en penumbra. Kronecker pensó que era el típico pasillo que se construye para dotar de majestuosidad y dimensiones increíbles a una ya de por sí inmensa sala.

No se equivocó.

El tamaño de aquel búnker era tan descomunal que no se puede trasladar una idea exacta sólo con simples palabras. Estaba dotado de varios niveles en los que había miles y miles de cámaras metálicas, situadas en posición vertical, de las que salían tubos hacia el techo. No tardaron en darse cuenta de qué contenían.

—Aquí tienen a sus premuertos. Espero que estén contentos.

Kronecker reparó en un ordenador que estaba en funcionamiento, en lo que tenía aspecto de ser un puesto de seguridad. Se acercó y lo comprobó. Era un registro. Un registro de todos los seres humanos que allí se encontraban. Escribió el nombre de ella. Salíó un número: 08747. Corrió de nuevo hacia donde estaban Trent y Devan. Sólo acertó a repetir el número.

—Está en este mismo nivel —dijo Devan.

Kronecker salió corriendo guiándose por los números de las cámaras.

ras cercanas, pero Trent no lo siguió. De repente tuvo el terrible presagio de algo malo e inesperado.

Kronecker llegó a la cámara que buscaba. Era como las demás, pero él ya la percibía distinta, más pulida, más brillante.

—¡Libérela! —chilló, sonando su voz como un eco atronador.

Devan no dijo nada. Se acercó al ordenador y estuvo unos minutos tecleando. La cámara comenzó a abrirse. Trent salió corriendo hacia allí, en último arrebato.

Allí estaba E. Laran, desnuda y flotando en un líquido, dentro de un tubo de cristal. Era igual que como Kronecker la recordaba. Igual de imperfecta, igual de hermosa. Sus ojos, y los ojos de Trent, estaban totalmente abiertos. Devan ya había llegado.

—¿Cómo la sacamos?

—Rómpanlo —dijo contundentemente.

Kronecker y Trent se coordinaron y asestaron un violento golpe al cristal que les destrozó la mano. El líquido se esparció por el suelo, colándose por las rendijas del suelo hacia niveles inferiores y, antes de que Laran cayera, Kronecker la cogió en brazos. Trent se quitó la chaqueta y la cubrió con ella. Laran tenía los ojos cerrados, y poco a poco fue despertando sin abrirlos, como si simplemente hubiera estando soñando.

—Kronecker... —dijo débilmente. Una lágrima asomó por sus ojos cerrados. Devan permaneció impasible.

Laran se puso en pie, abrió débilmente los ojos y los miró a ambos. Ni Trent ni Kronecker sabían qué decir. Estaban estupefactos. Sólo ella habló.

—No debí haberlo hecho... —dijo con voz débil—; lo siento de verdad, a los dos. Seguramente os he hecho sufrir mucho. Merezco morir. Debería estar muerta.

—Recuerdo tu caso —agregó de repente Devan—. Querías morir porque sin el hombre al que una vez amaste la vida para ti no tenía sentido. Han pasado varios años y ese hombre ha llegado hasta ti.

Laran sintió el deseo imperioso de besar a Kronecker. Se sentía culpable por haberle hecho pasar por ese infierno, pero, sobre todo, se sentía culpable porque la premuerte no le proporcionó el olvido que ella esperaba. A pesar de todo, logró superar sus miedos e inseguridades y avanzó poco a poco.

Y besó a Trent.

Trent no se movió ni se resistió. Cuando Laran se apartó, aún no lo comprendía, pero miró a Kronecker, tan asombrado como él; giraron a la vez la cabeza para fijarse en el emblema del hombre con la cabeza partida en dos, ubicado en una esquina de la cámara, y al fin lo comprendieron. Trent corrió hacia el ordenador, y reparó en una segunda lista. Tecleó dos nombres: M. Trent y D. Kronecker. La respuesta del ordenador fue aplastante: A5247, B3901. Devan se acercó lentamente hacia el ordenador.

—La letra indica que son clientes del programa posvida —remató.

Aunque Kronecker no había visto nada, no le hacía falta. Sabía bien lo que había pasado. Lo que no entendía es cómo no se había dado cuenta antes. Sin familia, sin más amigos que ellos mismos, odiando sus propias vidas, era lógico que cada

uno de ellos deseara posvivir siendo el otro. Se sintió monstruoso e inhumano, y pensó cómo le afectaría eso a Laran. Pero cuando se volvió a mirarla se dio cuenta de que estaba perdiendo el equilibrio. Justo antes de que cayera, la sujetó en brazos.

—Tenía que ocurrir así —dijo Devan en voz alta—. Nunca se pensó en sacar a nadie del estado de premuerte.

Laran empezó a cerrar de nuevo los ojos, poco a poco. Se abrazó a Kronecker y, cuando ella no se pudo dar cuenta, él también cerró los ojos y se los frotó para secarse las lágrimas.

—Trent... —dijo débilmente ella.

—¿Qué? —preguntó Kronecker, con un débil y dulce susurro de voz.

—Por favor... no dejéis que otros cometan el mismo error que yo.

Perdió fuerza poco a poco y murió.

Kronecker se levantó con odio en los ojos y se acercó donde estaban Trent y Devan, con la persona que amaba muerta en sus brazos.

—Sé lo que están pensando —dijo Devan—, pero yo no la he matado. Gracias a mí tuvo la oportunidad de olvidar, igual que ustedes, y la han desaprovechado.

—Debería matarla —dijo Kronecker.

—¿Matarla? —añadió Trent con tono maligno, más propio de Devan que de él mismo—. No. Que se enfrente con su obra.

Salió solemnemente hacia el pasillo tenebroso. El griterío se iba haciendo más y más claro y encendido, hasta que se paró frente a la puerta blindada.

—Dejemos que ellos decidan.

Y abrió la puerta con firmeza.

A la mañana siguiente de los disturbios, la doctora A. Devan fue hallada muerta en los subterráneos del Instituto, con indudables muestras de violencia física; aun así no se llevó a cabo ninguna detención. Sea como fuere, a partir de aquel momento las listas de sujetos premuertos no tardaron en salir a la luz. La Fundación Devan se enfrentó a denuncias millonarias por negligencia médica. Los litigios entraron de lleno en complejos entramados morales, pues los abogados de la Corporación insistían en que sus clientes tuvieron, de uno u otro modo, aquello que contrataron. La posterior aprobación de la Ley Posvida, con las correspondientes listas, no hizo más que agravar la crisis de la Fundación, de la que no se recuperó.

Aún recuerdan el suave olor del champú en su pelo, sus mejillas sonrosadas e imperfectas, y su sonrisa juvenil y discreta cuando se acercaban para hacerla suya. ¿Fue realidad o sólo un recuerdo en sus mentes? Pien-san, lamentados, que tal vez nunca lo sepan...

© MAGNUS DAGON, 2009.

MAGNUS DAGON
(España —Madrid, 1981—)

En **NM** publicó *Juegos de manipulación* (# 11) y *La Esfera de Cyril* (# 13); como MIGUEL LÓPEZ MUÑOZ, *El Soldado Desconocido* (# 2) y *"Nergum Astrum"* (# 6).

TAXI

JOSÉ R. VÁZQUEZ

—¿Quiere que ponga algo de música?

—¿Cómo? —Parecía genuinamente sorprendido; no sé si por la pregunta en sí o por el simple hecho de atreverme a hablarle.

—Le he preguntado que si quiere que ponga algo de música. Tengo de todo tipo: *hip-hop*, *dub*, *house*... Creo que también algo de *rock* del siglo xx. También podría poner la radio, si lo prefiere —añadí.

—No, gracias. Todo está perfecto.

A pesar de su contestación, los sistemas detectaron intranquilidad en su voz, así que opté por aumentar medio grado la temperatura del interior y emitir por los altavoces ultrasónicos de la frecuencia adecuada para afectar sus enlaces sinápticos. A los dos o tres minutos, el manojito de nervios que ocupaba el asiento de atrás canturreaba el último *hit* de moda en las discotecas del Viejo Continente.

—¿Es la primera vez que visita Madrid?

—¿Eh? Ah, sí. La verdad es que no he podido ver nada; llegué a las

siete y el avión me espera ya. —El reloj interno marcaba la una treinta y cuatro de la mañana. La verdad es que el pobre diablo no había tenido mucho tiempo para disfrutar de El Prado, precisamente.

Las luces de los edificios de La Castellana, repletos de empleados en busca de horas extra, ascensos y sexo con compañeros de trabajo iluminaban la cara de mi cliente, que observaba con indiferencia sus fachadas de estilo neodecó, mientras mataba el tiempo hablando conmigo. Lo había recogido cinco kilómetros más al norte, en un gigantesco poliedro retorcido de fibra de carbono y cristal propiedad de Mitshima, un *zai-batsu* japonés dedicado principalmente a la investigación farmacéutica. El hombre era sin duda un enviado de la central de Tokio, como lo delataban sus ojos rasgados, su tez amarilla y su nariz chata, escoltada por un fino bigotito.

—Perdone si le incomoda, pero... —Aunque solía terminar todas las frases con una amplia sonrisa, se negaba a cumplir del todo su este-

reotipo nacional, pronunciando el español con un acento perfecto, más propio de un catedrático de filología hispánica que de un extranjero que iba a estar en el país ocho horas. Estaba claro que los chips de idiomas, a pesar de las quejas de los traductores profesionales de todo el mundo, proliferaban cada vez más—. ¿Cómo terminó dedicándose a ese trabajo?

Me tomé una pausa de varios segundos para contestar, que dediqué a verificar por trigésimo cuarta vez la ruta con el satélite. No es que me molestase realmente; es que nunca nadie me había preguntado algo así y ni siquiera yo tenía muy clara la respuesta.

—Digamos que nunca es buena idea apostar demasiado dinero. Pero lo que es una pésima idea es hacerlo a que el Atlético de Madrid va a ganar algo. —Traté de soltar una cargajada irónica, pero aquel japonés no debía de tener mucha idea de fútbol, porque puso una expresión de perplejidad que sí me provocó auténtica risa—. El caso es que terminé por deberle demasiada “pasta” a tipos no demasiado agradables, que me dieron a elegir entre un nuevo trabajo hasta que saldase mi cuenta o un par de piernas menos.

Volví a reírme, pero por la palidez que asaltaba la cara de mi pasajero no me hizo falta un manual de psicología para darme cuenta de que el humor negro no era lo que más le entusiasmaba del mundo.

—Oh, vamos, no se ponga así. Prefiero bromear antes que llorar por mi desgracia.

—Espero que esas personas que ha mencionado no tengan nada que

ver con mi empresa. —No había visto una cara tan seria desde que un profesor del instituto me echara de clase el primer y último día que fui. Tuve que hacer esfuerzos para no contestar con voz de colegial pillado en falta.

—No, no. —Su gesto pareció relajarse un poco, así que terminé de aclararlo—. Mitshima no me tiene en nómina; subcontrata los servicios de la agencia para la que trabajo. —Se hizo un incómodo silencio de unos cuantos segundos que me vi obligado a romper—. En cualquier caso, ya no trabajo para los mismos patrones. En cuanto pagué la deuda me aparté lo más lejos posible de aquella gente.

—Ya; supongo —gruñó desde el asiento de atrás—. Yo por lo menos no querría ninguna relación con ellos.

—Aunque no lo crea, hay gente que hace este trabajo por gusto. Yonquis de la velocidad, pilotos de carreras retirados...

El bufido de mi cliente demostró a las claras que la opinión que le merecían aquellos tipos no era la mejor, precisamente. Tampoco es que a mí me pareciesen muy normales, pero si algo había aprendido era a comprender el punto de vista de personas que antes me resultaban totalmente alienígenas. Decidí no forzar más la conversación y dedicarme a conducir, que —al fin y al cabo— era para lo que me pagaban.

La gigantesca bandera de la Unión Europea ondeaba sobre la Plaza del Colón al ritmo que le marcaba el viento, bajo el enorme holograma proyectado desde el tejado de la Biblioteca Nacional, que mostraba

a un Don Quijote tatuado montado en una Harley, atacando lanza en ristre una colonia de chalets adosados, en lo que su creador había llamado una metáfora de la sociedad de principios de siglo. A mí me parecía una horte-rada y la cara de mi cliente, desfigu-rada en una mueca más de disgusto que de adoración, me hizo suponer que compartía mi opinión. No me molesté en corroborarlo; de todas ma-neras, había cosas más importantes que hacer en ese momento.

—Abróchese el cinturón, por fa-
vor. —Me obedeció mecánicamente,
sin plantearse la orden, y hasta que
terminó de comprobar que todas las
sujeciones estaban perfectamente
ancladas no preguntó el porqué de
mi turbación.

—¿Sucedo algo?

—Dos coches nos están siguien-
do, o al menos eso parece. —Asintió
sin mostrar ningún signo externo de
sorpresa o de miedo. Debía de estar
bastante acostumbrado a situaciones
como aquélla o tenía una receptivi-
dad superior a la media a los ultraso-
nidos tranquilizantes, pero el caso es
que, por suerte, no iba a tener que
preocuparme de calmarlo mientras
despistaba a nuestros cazadores.

Eran dos; un Volkswagen negro
tuneado, con alerones de fórmula 1
y ruedas al menos el doble de anchas
de lo normal, y un Tata rojo que rugía
como si le hubiesen puesto el motor
de un reactor. No los había visto an-
tes, así que no debían de ser parte
del gremio, lo que me otorgaba una
cierta ventaja, pero estaba claro que
no me iban a dejar escapar fácilmen-
te. Maldije para mis adentros; si el
avión hubiese salido de Barajas en
lugar de del Rodríguez Zapatero hu-

biésemos llegado en media hora. De
esta manera había tenido que cruzar
Madrid arriesgándome a un encuen-
tro como el que acabábamos de tener.

Quité el limitador de revoluciones
del motor, sintiendo cómo el etanol
inundaba los pistones mientras los
cilindros se movían tan deprisa que
hasta mi pasajero era capaz de no-
tar las vibraciones. El cambio de ve-
locidad fue tan brusco y repentino
que pude ver cómo se hundía su
cuerpo en la tapicería de piel sintéti-
ca. Desde afuera debía de haber si-
do parecido a contemplar el cambio
de ritmo de un antílope perseguido
por un león.

Casi un centenar de cláxones
protestaron mientras me lanzaba a
realizar un frenético eslalon gigante
por el Paseo del Prado. Un par de
veces estuve a punto de empotrarme
contra dos compactos conducidos
por jóvenes insomnes en busca de
algo más de juerga, pero la jugada
no me salió tan mal. El Volkswagen
y el Tata no fueron tan hábiles como
yo. A pesar de ello, mi transportado
había perdido su anterior flema y gri-
taba de puro horror ante mi conduc-
ción suicida. Bloqueé las comunica-
ciones con el habitáculo de pasaje-
ros para no oírlo. Tenía que mante-
ner la concentración para hacer fren-
te a los nuevos problemas.

Un Honda blanco, con el dibujo
de un dragón chino en el capó, había
surgido de Dios sabía dónde y se
había puesto en paralelo conmigo.
Traté de sacarlo de la calzada con
un par de volantazos pero el conduc-
tor no se amilanó. O bien tenía mu-
chos huevos o le faltaba bastante
seso; lo que estaba claro es que mis
movimientos no lo intimidaban. La

cosa se puso todavía más divertida cuando un hispanoárabe bajó la ventanilla del copiloto y traicionó la Jihad vaciando el cargador completo de una UZI. Por suerte para mí, la mayor parte de los disparos impactaron en la ventanilla blindada del pasajero. No es que me fuesen a hacer daño, pero odiaba las reparaciones de chapa. O sacaban una antiaérea del maletero o cejaban en su empeño. Así no iban a hacerme más que cosquillas.

Descargué el último plano actualizado de la ciudad, con información sobre el tráfico y las vías cortadas. Madrid siempre tiene obras nuevas que ofrecerte y yo no quería encontrarme de morros con una valla anunciando la enésima reparación de las conducciones de gas. Un rápido vistazo me bastó para comprobar que dos manzanas más adelante podía realizar la maniobra que nunca me había fallado. Llegado el momento clavé los frenos, dejando la mitad de mis ruedas delanteras en el asfalto, mientras mis perseguidores pasaban de largo más de cincuenta metros antes de reaccionar. Con la energía que habían acumulado los motores eléctricos de apoyo durante la frenada abrí gas de golpe, compensando el desgaste de las llantas, y aceleré como un poseso por la bocacalle que había elegido para la evasión.

Lo último que vi antes de poner tierra de por medio fue al Honda tratando de dar marcha atrás, mientras los pitidos de decenas de coches trataban de demostrarle a su conductor que no había manera de salir de allí. Me había librado de ellos momentáneamente, pero no podía relajarme. Circulaba por una calle de un solo ca-

rril que pedía a gritos una emboscada, así que no podía perder mucho tiempo antes de regresar a una arteria más ancha. Comprobé el estado del pasajero. Parecía haberse recuperado de su pequeña crisis, aunque gruesos goterones de sudor resbalaban por su cara. Al contrario que muchos de sus predecesores no había vomitado. Es admirable la presencia de espíritu de los orientales.

Alteré la longitud de onda reflejada de la carrocería, pasando de un sobrio gris metalizado a un suave cian. Cambié también los dígitos de la matrícula, sustituyendo la que lleva por una de las otras veinte por las que pagaba impuesto de circulación. El sistema de autorreparación de arañazos no tardó en anunciar que las marcas de las balas habían conseguido disimularse en un 83% y terminó recordándome que para un acabado perfecto debería dirigirme a un taller. El camuflaje no era precisamente un prodigio de ocultación, pero por lo menos debería quitarme de encima a los vehículos más cercanos. No podía engañarme; sabía que hasta ahora sólo me habían enviado a los más inofensivos.

Continuamos el viaje hacia el sur otros diez o quince minutos sin incidencias reseñables, pero sin intercambiar una sola palabra. El clima de cordialidad se había roto con el ataque y nos había devuelto a la realidad. Él era mi cliente y yo el taxista que debía llevarlo a su destino. Quizá durante un breve lapso de tiempo se nos había olvidado que nuestra relación era estrictamente comercial, pero a partir de ese instante no hubo prácticamente acercamiento entre nosotros.

Cuanto más nos acercábamos al aeropuerto, más tenso se volvía el ambiente. Sólo había que sumar dos y dos para darse cuenta de que pronto tendríamos problemas. El sonido de dos motos de gran cilindrada fue el aviso sonoro de que las hostilidades habían vuelto a desatarse. Un vistazo me bastó para comprobar que a las dos Ducati las acompañaba un SEAT con más modificaciones que una chica de calendario y la silueta de BMW Ramírez, un viejo conocido mío. A veces a uno le tocaba perseguir y al otro evitarlo y en otras ocasiones habíamos trabajado en el mismo bando. Habíamos coincidido en el juego del gato y el ratón demasiadas veces y, aunque creíamos que conocíamos todos los trucos del otro, había suficiente respeto entre ambos como para no confiarse ante una aseveración tan arriesgada.

Decidí no hacer nada y dejarlos a ellos actuar primero. Al fin y al cabo, su cometido era detenerme y el cuentakilómetros giraba a mi favor. Todo el tiempo que gastasen en tantearme equivalía a menos metros para asestar el golpe definitivo; vieja física para tontos. Por supuesto, era algo que sabían tan bien como yo. Y se vieron obligados a tomar más riesgos de los necesarios.

La primera Ducati fue pan comido. El chaval que la conducía se acercó demasiado a un lateral, probablemente con intención de adosar algo pequeñito que explotase haciendo mucho daño a la puerta del pasajero. No tuve ningún miramiento y desbloqueé el cierre de su objetivo, dándole un golpe que lo mandó de cabeza a los guardarruedas. La sangre proveniente de su arteria humeral sal-

picó los cristales mientras al incauto se le escapaba la vida por su brazo recién seccionado. El hecho de que hubiese virtualmente matado a alguien para preservar su integridad no pareció provocar ningún tipo de trauma ético a mi cliente.

El trágico fin del primer motorista no pareció enseñarle nada a su compañero, que se acercó con resolución, dispuesto a intentar la misma maniobra por el lado contrario. No me pareció tan raro; lo más probable es que tuviese más droga que plaquetas recorriendo sus venas, algo que —como había visto— sí le pasaba a su amigo, por lo menos atendiendo a su deficiente coagulación. Me dispuse sin más a ejecutarlo, aunque por suerte tuve la prudencia de comprobar la situación antes de dar el golpe de gracia.

El SEAT había aprovechado la ocasión para acercarse lo suficiente como para que el lanzamisil que alguien empuñaba desde uno de los asientos traseros no pudiese fallar. Al parecer habían trazado un plan en el que la Ducati actuaba como peón sacrificable y su conductor lo había aceptado de buen grado, lo que confirmaba que, efectivamente, iba muy drogado. La única solución que se me ocurrió no era demasiado original, pero sucedió como los buenos chistes, al que los cuenta le parecen aburridos y gastados y el que los oye por primera vez no puede parar de reírse.

Frené al máximo de nuevo, haciendo que el misil que me amenazaba atravesase limpiamente el espacio que se suponía debía ocupar yo hasta impactar de lleno en la moto. La bomba lapa impulsada por co-

hetes recorrió el trayecto inverso, dándome tiempo para imaginar la cara de pavor que pusieron los ocupantes del SEAT antes de la detonación.

Me había quedado prácticamente sin dibujo en las ruedas y había provocado una taquicardia severa al oriental, dañando —de paso— la parte trasera del coche, después de que alguien no pudiese evitar golpearme tras mi frenada. Lo bueno es que había eliminado casi todo el peligro. Lo malo es que ese casi se llamaba BMW Ramírez y era un profesional al menos tan bueno como yo. A ello se le sumaba el hecho de que no tenía ni idea de dónde se había metido en ese preciso instante. Busqué en las vías de servicio, en la calzada de sentido contrario; delante, detrás... Nada. Hasta que la inspiración me vino del cielo.

La salida del aeropuerto tenía un número impresionante de pasos elevados que se cruzaban a distintas alturas en cinco niveles distintos. Un rugido de motor bastó para desvelarme que mi perseguidor acababa de saltar desde una altura de diez metros, con el morro apuntando directamente al habitáculo donde se encontraba la persona que debía mantenerse sana y salva gracias a mis habilidades. Aceleré gastando hasta el último electrón de las baterías de apoyo, mientras rezaba a todos los dioses conocidos; yo, que siempre he sido ateo.

Ramírez falló por poco y dejó buena parte de los amortiguadores en el empeño, pero había ganado la iniciativa y no pensaba soltarla. Tan cerca había estado de convertirme en pilla que, en menos de un segundo, me tatuó su logo azul y blanco en mi

maletero ya maltrecho. En concreto, con un daño estructural imposible de reparar in situ, según informaban los nanobots mecánicos. Su exagerado blindaje frontal, unido a mi debilidad en la retaguardia, formaban una combinación nada halagüeña. Tampoco tenía el control más maravilloso del mundo sobre mis movimientos, gracias a mis neumáticos lisos y tersos como el cutis reestirado de una duquesa. Las casas de apuestas hubiesen pagado 70 a 1 mi victoria.

Sólo podía jugar mi última carta; algo tan kamikaze e inesperado como la maniobra que le había permitido a Ramírez ponerme contra las cuerdas. Los impulsores. Cuando me elevé a tres metros del suelo, usando el mismo dispositivo que normalmente empleaba para saltar barricadas, no me esperaba un resultado tan espectacular. Ramírez, libre del lastre que le suponía empujarme, se había situado justo bajo mi rueda trasera. Cuando caí sobre el capó del bueno del BMW, y escuché el ruido del metal abollándose, pensé que yo también estaba fuera de juego.

Milagrosamente ni las llantas ni el eje habían quedado dañados y los neumáticos pudieron ser sellados en cuanto los duendecillos mecánicos llegaron a la zona. Con un acelerón final escapé del amasijo de hierros en el que se había convertido el motor de BMW Ramírez.

—¡Pinche pendejo! —me espetó por la radio, con su inconfundible acento mexicano—. ¡Cómo me la jugaste, cabrón!

No hubo más sorpresas, por suerte, y menos de trece minutos después de haberme deshecho del último de mis perseguidores me encontraba en

la pista 3 del Rodríguez Zapatero, depositando a mi magullado viajero, que cerró la puerta con exquisita delicadeza, como si después de los golpes que había sufrido fuese a hacerme daño. Antes de subir por la escalerilla rumbo al *finger* se colocó delante del mi capó e hizo una reverencia al tiempo que me decía: —*Arigato gozaimas*.

Los que lo esperaban esbozaron una mueca incrédula, incapaces de asumir que su jefe se rebajase a ha-

cerle eso a un engendro como yo. Si hubiese podido sonreír, lo habría hecho. Cuando las puertas del avión se cerraron y enfiló la pista de aterrizaje arranqué de nuevo, rumbo al garaje más cercano. Puede que no fuera más que un cerebro en un tarro, pero necesitaba una copa, etanol del bueno. Tenía los depósitos vacíos. Y, ¡qué demonios!, me lo había ganado.

© JOSÉ R. VÁZQUEZ, 2009.

JOSÉ RAMÓN VÁZQUEZ PEÑAS
(España —Segovia—, 1985)

Licenciado en Física por la Universidad Complutense de Madrid, actualmente cursa el doctorado en dicho centro de estudios.

Autor de *Unicornios rojos* (Ediciones Efímeras, 2007), obtuvo el 2º premio en el II Certamen del Círculo de Escritores Errantes, fue finalista en el I Premio Vórtice de Ciencia Ficción y recibió una mención especial del jurado en el VII Melocotón Mecánico.

En papel publicó en **Artifex** (tercera época), **Miasma** y **Visiones 2008**.

En línea, en **Artifex** (cuarta época), en **Vórtice en Línea**, en la portada de Sedice.com, en literaturaprospectiva.com y en la antología del I Premio Ovelles Eléctricos.

Alfredo J. Grassi
Adrián Rosé
Fernando J. Ramos
Nahel Pez
Carlos Gil
Fabián Juárez
Susana Rodríguez Tugols
Mario César Carper
Jorge Claudio Mathain
Adolfo Pérez Zelazchi
Alberto S. Vallini
Eduardo J. Carletti
Armando S. Fernández
Gabriel de los Santos
Raúl Mantaván
Javier S. Rama
Nora I. Rodríguez
Mario Gandolfi
Eugenio J. Zappietro
Hernán Domínguez Nimo
Marcelo Vicente
Augusto Scheimberg
Martín Cagliari
Noberto Rodríguez Van Rousset
Pablo Horstoy
Alfredo Ernesto Grassi
Alejandro Alonso
Christian Vallini Lawson
Héctor R. Pessina
Samuel Cadanel

Juan Manuel Valitutti
Mariano Buscaglia
Miguel Bordino
Rodolfo Bellani
Carlos Daniel J. Vázquez
Gustavo Campanelli
Carlos Hüsemann
Laura Ponce
Carlos M. Federici
Héctor Otero
Omar G. Borsoffi
Francisco Baltzer
Carlos Stenne
Adrián H. Triesian
Axel Bergier
Gonzalo Brava
Maximiliano Mariotti
Eduardo A. Sánchez
Santiago Oviedo
Carlos Pensa
Javier Hildebrandt
Ulía Cantarelli
Carlos Ramírez
Carolina A. Ferrari
Diego Martínez
Oscar Giménez
Adriana Cantaro
Adrián N. Escudero
Leonardo Wadel
Carmen Hebe Tanco

Lea

Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA
La nueva revista de Ediciones Argeo
donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

■ Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGeo
EDICIONES
ARGeo

EL FAMILIAR

CLAUDIA CORTALEZZI

Elvira vive esperando que esa vieja insoportable de Jacinta tenga tiempo de sacarla a dar una vuelta por el barrio, siempre y cuando el día esté lindo.

Por eso, cuando no la ven, ella saca una mano por la reja de la ventana. El aire de afuera se siente mejor si no depende de nadie para rozarlo. A veces trata de entretenerse con la gente que pasa, pero caminan tan rápido... Ni siquiera miran hacia donde ella está, o espían de reojo, como con miedo. Hasta se le ocurre que han colgado un cartel de PELIGRO del lado de afuera de su ventana, igual que en las jaulas de los animales salvajes del zoológico.

Por suerte, el gran ventanal de la ochava le ofrece la vista completa de las cuatro esquinas desde su primer piso. A esa hora, después de la siesta, no anda un alma por la calle, ni siquiera Manuel con su dóberman. Parece que hoy a Éber también lo han dejado encerrado.

Todos los días son iguales.

Todos menos hoy: hoy Elvira cumple años. Mejor dicho, hoy cumplen años Elvira e Inés.

Elvira piensa en Inés, su hermana gemela. En Inés y en la noticia importante que no ha querido anticiparle por teléfono. Acaban de cortar, y Elvira, como siempre, se ha quedado con ese dolor en el pecho de tanta bronca acumulada. Inés ha vuelto a hacerle el mismo jueguito sucio de retacearle información.

Cincuenta y cuatro años, se dice como para convencerse a sí misma. Y vuelve a sacar la cuenta: si cumplen cincuenta y cuatro, ya pasaron treinta y seis desde aquella tarde.

El accidente.

Elvira cierra los ojos y lo evoca: las dos —con el uniforme *scout*, más parecidas que nunca— preparaban un *sketch* para esa noche. Cumplían dieciocho, y los dirigentes del campamento habían dispuesto un fogón. Las gemelas habían decidido ensayar en un galpón viejo, cerca de las carpas. La puerta de chapa tenía una cadena colgando y, en el extremo, el candado abierto. Ya les habían avisado que no entrasen ahí, que era del dueño.

Por supuesto, entraron.

El interior era perfectamente visible; el sol penetraba de lleno por la ventana del fondo. En el piso había tal amontonamiento de herramientas que debieron hacer espacio. De una gruesa sogá tendida de pared a pared colgaban palas, rastrillos, azadas, discos de arado. Y, al final de todo, descubrieron algo que les disparó la fantasía: un par de tridentes.

—¡Ya tengo la idea! —dijo Inés, resuelta.

—¿Qué idea? ¿La de ca...?

Se interrumpió antes de terminar la guarangada: Inés la miraba casi con pena.

—No seas estúpida, Elvira —dijo—. Una de nosotras será el diablo y la otra caerá muerta por su culpa. Yo te hago pie —agregó—, así vos agarrás ese tenedor gigante.

Elvira obedeció. Se subió a las manos entrelazadas que formaban un estribo, se tomó de la sogá...

...y entonces todo lo que recuerda es un golpe helado a la altura de la ingle derecha, seguido por otro en el muslo izquierdo, que la dejaron tendida en el piso. Y, segundos más tarde, su desesperación por liberarse del filo de aquellos discos, su desesperación por volver a unir las piernas a su cuerpo.

Cuando días después despertó en el hospital, supo que su vida había cambiado para siempre. Le dijeron que Inés se salvó de milagro; una púa del tridente había pasado a centímetros de uno de sus ojos, pero sólo le produjo un corte profundo en la mejilla.

Lo que es la vida, piensa. Inés, apenas una cicatriz en el pómulos; ella, treinta y seis años indefensa, desamparada en una silla de ruedas.

Aunque la silla que usa ahora es un chiche, mire. La misma Inés se la regaló, con un gesto que le recordó a la Madre Teresa. “Es lo último para manejarse en el hogar, querida”, le había dicho, como escupiéndole: “Ponete contenta, hermana del alma, que gracias a vos pagué una fortuna por esta mierda de sillita a pila”. O a batería, que es lo mismo.

Vuelve a escuchar la voz de su hermana, como si aún estuviese con el tubo en la oreja: “Tengo una noticia bomba”, le había disparado. “Te vas a querer morir cuando te la cuente”.

—Una noticia bomba —se repite Elvira, y enjuga una lágrima de odio—. ¿Que voy a querer morirme? Eso es lo que vos estás buscando. Pero no te voy a dar el gusto de morirme así nomás, puta...

Y piensa en la vida de Inés, tan distinta a la suya. Su hermana tiene flor de cargo en una prestigiosa empresa. ¿Romances? ¿*Glamour*? Bueno... aunque jamás se casó, novios no le faltaron. El tiriflo de Federico la hubiera seguido hasta la mismísima muerte. ¡Pero ella no, claro! Cómo iba a casarse con semejante pobreton. Ella buscaba otra cosa: un gavión con plata. Así le fue, ahora está más sola que un perro. Sin embargo no da el brazo a torcer: cada vez que viene a verla, le cuenta alguna sucia aventura amorosa. Y con detalles que bueno bueno, ¡eh! Es tan depravada, tan materialista, que capaz que inventa las historias para joderla bien jodida, como siempre.

Y ahora se venía con eso de una “noticia bomba”.

Elvira recuerda aquella otra noticia bomba de hace un par de meses,

cuando le contó de su viaje a Brasil. Recuerda que, a su regreso, Inés le dijo que probablemente debería volver a Río —había dicho “Río” con la familiaridad de quien dice “Recoleta”— y quedarse por un tiempo. ¿Se le habrá concretado ese proyecto también? Qué la parió...

Y a mí me dejás con la “niñera”, ¿no, hermanita?

Bah, piensa, igual Inés va a estar magreándose entre negros, que huelen a esa catanga característica de la gente baja. Mejor que se bañe antes de volver.

Elvira apoya las palmas de las manos en los cromados de la silla y se desplaza hasta el tocador.

—¿Y yo qué? —le dice a Inés, que la mira desde su propia imagen en el espejo—. Que me parta un rayo, ¿no?

Se ve a sí misma entre esas cuatro paredes hasta el resto de sus días, con la insufrible compañía de Jacinta. Yo soy inválida, se dice, no ciega. Así que veo todo: lo que hace Jacinta y lo que deja de hacer. Mil veces le dijo a Inés que eche a la calle a esa chirusa, que es una negra inútil. Ahora la santiagueña ni le habla; últimamente hasta la evita. Por un lado, mejor, piensa Elvira. Es mejor eso a la falsedad de esta mañana, cuando me trajo el desayuno y con una sonrisa de dientes partidos me cantó el feliz cumpleaños. Encima, esa negra también está en su contra: disfruta porque su hermana viene a despedirse. Elvira va hacia la puerta y espía el pasillo. ¿Dónde carajo se habrá metido? Hace rato que no se la escucha ladrar alguna pajueranada —“canciones de mis pagos”— o abollar las cacerolas.

—Y vos, Inés —Elvira vuelve a mirar hacia el tocador, ahora desde lejos, como si su reflejo aún estuviera ahí—, vos sos otra que *te la voglio dire*... —Inés. Inés y su puestazo y sus viajes de trabajo. “Te vas a querer morir cuando te lo cuente”, había dicho, seguramente aguantando la carcajada hasta que cortaron la comunicación—. Pero... ¿qué puede ser más importante que tu hermana? ¿Qué? ¿El trabajo? ¡Por favor, Inés!

Elvira mira un portarretratos con una foto de hace quince años, donde su hermana la abraza agachada junto a la silla de ruedas.

No, si Elvira lo tiene bien sabido: Inés la detesta; ella le resulta fastidiosa, una carga. Con su vida independiente de empresaria, ¿cómo puede darse el lujo de tener una hermana “impedida”, por decirlo con una palabra suave? Le parece verla, cómodamente recostada en un sillón del *living* del nuevo departamento —flor de bulincito al cual ella aún no ha sido invitada, dicho sea de paso—, diciéndole por teléfono: “¿Te acordás del viaje a Brasil, Elvi? Bueno, tengo una noticia bomba, hasta tuve que tomar un curso intensivo de portugués. Imaginate”.

—Sí, claro, me imagino. Me imagino que andás con nuevos proyectos. —Proyectos en los que ella, su hermana gemela inválida, no tenía arte ni parte. Y sabe que el llamado telefónico anunciando que pronto la participaría de una “noticia bomba” (no había ningún secreto: la guacha se iría nomás a radicar en Brasil, por supuesto) se debía a la culpa—. Pues me alegro de tu culpa, hermanita, y espero que no te deje disfrutar de tu brillante futuro —Elvira vuel-

ve a ubicarse detrás de la ventana. ¡Está tan aburrida la calle!—. ¡Jacinta! —grita.

Nada.

Vuelve a mirar hacia la calle, tal vez Jacinta bajó a comprar algo.

El sol se apaga lentamente.

Ahora se nubló, piensa. Si Jacinta no se apura, ella tendrá que quedarse adentro, por los bronquios, como dice el médico. A Elvira no le importaría enfermar de los bronquios. Desde los diecisiete que no se moja con la lluvia. Se cansó de escuchar a todo el mundo —primero su madre, después Inés, ahora Jacinta—: “¡Cuiden de que Elvira no se moje!”. Nunca más le cayó una mísera gota de lluvia encima.

Bueno, una vez casi... Aquella tarde cuando comenzó a llover, y ella y Jacinta debieron refugiarse en la veterinaria de la vuelta, con el pretexto de mirar unos canarios.

Y allí fue que conoció a Éber.

No era la primera vez que veía al dóberman, pero sí la primera vez que lo tocó.

Jacinta y ella ya habían entrado en el local cuando el perrazo llegó con su dueño, los dos empapados. Al principio, Elvira sólo miraba al hombre: Manuel. El mismo Manuel de su adolescencia, su viejo compañero del Nacional. Se estaba produciendo el encuentro con el que había soñado durante años. Lo más probable es que ni se acuerde de mí, pensaba ella. Pero él la reconoció: “Hola, Elvira”, le dijo. ¡Claro, cómo olvidar a la inválida! Sin embargo, la sensación no fue la esperada. Aquel nerviosismo de cuando tenía dieciocho, que se había incrementado cada vez que lo veía desde la ventana de su cuar-

to, en ese momento se había despedido de golpe. Todo por la turbación que le producía el perro. Elvira había reparado en su figura esbelta mientras cruzaba el negocio haciendo tintinear su medalla de identificación; ensimismado, y al mismo tiempo atento, parecía una persona. Se le había detenido tan cerca que rozó la rueda de su silla cuando se echó al piso. Ella bajó la mano a su cabeza. Y, sin prestar atención a la advertencia de Jacinta —“¡Cuidado, señora, no lo toque que puede tener bichos!”—, lo acarició y leyó el nombre en la medalla: ÉBER. Y la negra que vuelve a mandonearla: “¡No lo toque, le digo!”.

Pero Elvira ya se había dado cuenta: Éber no era como los demás de su especie. Supo enseguida que Éber era distinto del resto de los seres vivos que conocía. Él la miraba directamente a los ojos y no le provocaba ningún miedo; más bien todo lo contrario.

Lo acarició con paciencia, con ternura. Hervía de placer. *Hervía de placer.* Al principio creyó que se debía a que el perro era nada menos que la mascota de un antiguo amor. Pero había algo más; el tiempo la haría comprender.

A partir de ese encuentro, cada tarde, Éber, amarrado a la correa de su amo, la observa desde la esquina mientras espera el cambio de semáforo. La mirada de sus ojos tiene un encanto especial. A veces ella no puede distinguir si es de día o de noche; a veces el desconcierto es tan grande que hasta la hace sentirse entera. Y después, cuando queda sola, aparecen la ansiedad, el querer saber por qué ella, por qué Éber, y

las largas noches de insomnio. Ningún hombre, nadie la había mirado así. Jamás.

Ahí está Jacinta, a punto de entrar en la panadería de la otra cuadra. ¡Fue a comprarle una torta a “Las Esclavas”! La quiere sorprender, por eso no le dijo que salía. Después de todo, aquella negra vieja no es tan mala.

Ella suspira.

Si el edificio de departamentos no tuviera dos escalones en la puerta de calle, podría bajar por el ascensor, salir sola...

En la vereda de enfrente, una mujer espera el cambio de semáforo. Elvira reconoce a Nilda, otra de los compañeros, otra de los fantasmas del Nacional. Algunos todavía viven en el barrio.

Desvía la mirada hacia el reloj de pared. Las seis y cuarto. Jacinta debe de estar por volver de la panadería.

Hecha un vistazo hacia la puerta del negocio.

La calle empieza a poblarse. En realidad no le importa un rábano ni Jacinta ni su estúpida tortita. Lo que quiere es ver a Manuel. Dios mío, no puede dejar de pensar en ese perro, en los ojos del animal.

Elvira ve aparecer una sombra en la esquina. Es una mujer, parece... ¿Inés? ¡Es Inés! ¡Inés platinada!

Siente un nudo en la boca del estómago. La guacha lo hace a propósito. Encima siempre viene de minifalda, a su edad. Anda mostrándole las piernas a todo el mundo; una vieja madama.

Inés —el sol pegándole en el peinado de plata— mira hacia arriba y la saluda: hasta los gatos del barrio saben que Elvira está espiando de-

trás de la ventana. Le devuelve el saludo.

La presencia de Inés siempre la pone incómoda. No sabe por qué se pasa los días, las semanas enteras, esperándola, y cuando la ve cerca está segura de que preferiría fugarse a mil kilómetros de ahí.

Después de todo, su hermana nunca se queda mucho rato. Hablan del tiempo. Hablan de nada.

Jacinta sale de la panadería con una bolsita en la mano. ¿Acaso bizcochitos? Nada de torta, estúpida, se dice Elvira, ¿qué esperabas? *¿Gâteau de marrons?*

Ahora Jacinta advierte a Inés; se apura para alcanzarla.

Las dos mujeres se saludan y Elvira puede adivinar que Jacinta la está felicitando por su cumpleaños. La vieja hipócrita abraza a su hermana. Pero a ella, esa mañana, apenas le había dado un besito por compromiso.

Inés le hace una seña a Elvira, algo que ella interpreta como que regresa en un minuto, y se vuelve por donde vino. ¿Se habrá olvidado de algo en el auto? ¿Su regalo de cumpleaños, por ejemplo?

Jacinta cruza la calle y está a punto de abrir la puerta cuando el chirrido de los frenos de un auto sobresalta a Elvira.

Elvira ve que un perro aparece de atrás del auto, escapa a toda carrera: es Éber. ¡Éber, que casi muere atropellado! Ella vuelve la mirada hacia la otra cuadra buscando a Manuel. No lo ve; el perro ha venido solo. Éber sigue su carrera hacia la esquina opuesta a su ventana. Hay mucha gente en la calle, atraída por la frenada.

El perro se queda lejos del cordón de la vereda, en el único lugar vacío de esa esquina. Apoya su trasero en el baldosón y mira hacia lo alto. Su mirada es más clara que nunca.

Elvira se incorpora un poco en la silla, temblorosa. Un grito puja por escapar de su garganta. Desde que conoció a su mejor amigo —su único amigo, mejor dicho—, ha comenzado a entender cómo es la vida del otro lado de la jaula.

Apenas puede tolerar la agitación. Su mirada y la de Éber... Elvira se siente sofocada, de puro eufórica. De los ojos del perro, erguido en toda su imponente estatura, sale fuego, un fuego extraño. Entonces lo ve adelantarse unos pasos hacia el cordón de la vereda. Las personas se apartan; autómatas que le abren camino. Desde el primer piso, ella puede percibir el temblor del suelo.

Éber se detiene en el sitio exacto de la primera vez, de cada vez.

Elvira apenas advierte a su hermana, que ha vuelto aparecer en la esquina. El imán entre la mirada encendida de Éber y la suya se rompe de golpe, y el dóberman corre hacia Inés. Y Elvira sabe que aquella guacha ama a los perros; siempre los amó.

Inés se prepara para detener a Éber con un abrazo.

¡Si no fuera por ese horrible pelo decolorado sería la de siempre, su idéntica gota de agua! A esa distancia ni se le nota el medio kilo de maquillaje que le emprolija el cachete mutilado.

La gente se amontona; amenaza con taponarle la visión. El perro se trepa a Inés y la tira al piso.

Y Elvira lo disfruta.

Esa imagen la transporta a su infancia cuando las dos corrían y se tumbaban con Luna, la caniche blanca.

Pero Éber no es un caniche.

Éber mantiene a Inés bajo sus patas. Inés empieza a gritar.

Las exclamaciones de la gente se transforman en alaridos de horror, pero nadie atina a ayudarla.

El dóberman se sacude y desparra sangre, carne, tendones. La gente sigue gritando, algunos con las ropas manchadas. Aquello molesta a Elvira: hubiese querido ser la única espectadora, y no que la chusma también presencie el final.

Su hermana. Su hermana tendida en el piso; las piernas estiradas a lo largo de la vereda. Elvira quiere gritarle a Éber que no le vaya a lastimar las piernas. Las piernas deben quedar intactas; tal vez algún médico podría realizar el milagro de hacerla volver a caminar. Nada mejor que las piernas fuertes de su hermana para sostenerla en pie a ella, a la nueva reina.

—No, Éber —dice a media voz—. No le lastimes las piernas; las necesito. —Y Elvira se sonríe: con una falda Channel de lino podrá disimular las cicatrices del injerto. Es la primera vez que se siente tan a gusto sola en su habitación. En cuanto a Inés, puede descansar en paz: al menos ha luchado por librarse de la bestia—. Y sí —dice Elvira—, ella siempre fue una luchadora.

Tras la ventana, se agazapa tanto como se lo permite la silla. Siente el sudor en las manos, el cosquilleo creciente en la piel.

—No te muevas —se dice en un murmullo—, no te muevas o te verán.

Está en el campamento, sola con su hermana dentro del galpón. Todavía es temprano, hay tiempo de sobra para ensayar el *sketch*. Se siente extremadamente feliz junto a la Reina.

Y de golpe el disco de arado.

Pero esta vez ella supo qué hacer. Esta vez fue Elvira quien tomó la decisión, quien cambió las reglas del juego: ha sido Inés quién recibió el golpe.

Cierra los ojos. Necesita sentir el olor de aquella tarde, treinta y seis años atrás; el olor de la sangre.

Abre la ventana. El viento fresco la hace lagrimear mientras se asoma por encima del alféizar, estirándose, impulsándose hasta poder asirse de los barrotes. La silla se desplaza, se le aleja. El cuerpo de Elvira golpea contra el filo de la ventana como una bolsa de papas. Queda sostenida por los brazos, a punto de caer. Se aferra con toda su fuerza.

Desde esa posición puede contemplar los ojos inanimados de su

hermana, la mirada atravesando la multitud, la mirada fija en la ventana del primer piso.

Desvía la vista hacia la esquina de enfrente; algo la está llamando.

Es esa *otra* mirada.

Los ojos penetrantes, tranquilizadores, cómplices.

Le parece descubrirse a sí misma en aquellos ojos de Éber.

Entonces deja de temblar y siente por fin el dolor en los brazos. Los dedos entumecidos por la presión. Quiere soltarse, dejarse caer y repetir hasta la silla. Luego lo piensa mejor: su cadera atrofiada no soportaría el golpe contra el piso.

No más dolor, se dice, nunca más dolor.

Y se queda inmóvil, la cara aplastada contra la fría reja, la brisa helada de la atardecer.

Voy a aguantar, piensa; Jacinta ya debe estar por subir.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 2009.

CLAUDIA CORTALEZZI
(Argentina —Trenque Lauquen, 1965—)

En **NM** publicó previamente *Aquellos ojos* (# 9) y *Adefesio* (# 11).

Este nuevo aporte es parte de la antología *Cuentos de la Abadía de Carfax 2*, recopilada, seleccionada y comentada por ARIEL MAZZEO (Bs. As., Pasoborgo, 2009).

INCONCLUYENTE

LAURA LÓPEZ ALFRANCA

Sus enemigos tenían completamente rodeada la torre de la princesa, y tan sólo era capaz de ver su hermosa silueta bailando ante las cortinas. Hizo un asentimiento a sus compañeros y ellos se lo devolvieron.

El dragón Li Xon Wuo alzó el vuelo y sus escamas doradas brillaron con tanta fuerza, que los centaúries dejaron de mirar lo que tenían delante para alzar la mirada perplejos.

Davi arrancó la cabeza que tenía colgada a su cuello y la lanzó al suelo. Ésta se multiplicó y cientos de cuerpos emergieron de tierra, que con ojos de botón azul y gran sonrisa avanzaban para detenerlos.

Gran sonrisa hipócrita.

Ignorando esa voz, cogió su espada y con un grito, se abalanzó contra los centaúries. Esperando así...

Abrió los ojos asustado, mirando a su jefe de pelotón, que le gritaba como un energúmeno.

—¡Koroma, joder! ¡Reacciona de una puta vez! ¿Te has enterado de una puta vez de cuál es el plan?

—Atacar a cualquier puto centaúri que se ponga en nuestro camino —repitió con voz cansada mientras se giraba para mirar a Davi.

—Así me gusta, que me hagas caso... gilipollas... ¡Muy bien, zorras! ¡Recordad matar a cualquiera que se ponga a tiro! ¡Nada de compasión u os volaran la tapa de los sesos!

De pronto el olor a sudor, miedo y pis se adueñó de su nariz y el ruido de la nave ensordeció sus oídos, al igual que a las risas nerviosas de sus compañeros. Se movió incómodo en la armadura de color negro, ahora estrecha a causa de su nueva musculatura.

Suspiró y sacó la figura de Li Xon Wuo de su armadura. La madera brillaba con tonos dorados y jade, sus alas estaban replegadas y sus ojos estaban pintados de un intenso rubí.

Había sido el último regalo de su abuelo antes de que partieran a la guerra, el suyo y el de sus hermanos Amadi y Wenquian. Sabía que estaban muertos; le habían enviado a Fenghuang y Qilin, pero se lo remitió

a su familia y pidió que con Li Xon Wu se hiciera lo mismo. Era lo último que dejaban atrás... Algunos remitían cruces, otros representaciones de budas, estrellas de David... Sus hermanos y él tenían demasiados dioses para decantarse por un símbolo; además, eso habría sido un insulto a su abuelo materno, que había tejido para ellos historias especiales... Aún era capaz de recordar la cara de sus hermanos y padres llorando; a su madre rogándoles que no perdieran su inocencia, que la guerra no los convirtiese en monstruos. Él se lo prometió con solemnidad, pero era tan difícil llevarlo a cabo...

—Ekeme Mu, vuelve de tus recuerdos —murmuró Davi—. De ahí nada bueno vas a sacar y lo sabes.

Se giró a su compañera, de nombre masculino, y la vio acariciando la cara de la muñeca que le hizo su madre. Siempre decía lo mismo cuando lo veía en ese estado; lo forzaba a intentar olvidarse de su pasado, aunque no era capaz. No entendía que sus padres no lo hubieran obligado a enrolarse, que lo hiciera por decisión propia para que su familia pudiera comer. Tendrían la misma edad y, aunque ambos provenían de los rincones más pobres de la Tierra, él había sido feliz siempre, cuando robaba a los turistas en las calles de Hong Kong o se escondía para evitar que lo matasen.

No, comparado con muchos de sus compañeros, él había tenido una vida maravillosa y tenía gente que lo quería y esperaba que volviese.

Aunque todos fueran la escoria de la sociedad, incluso entre la basura había niveles. Los blanquitos eran

minoría, pero los líderes indiscutibles. Los negratos los segundos y los panchitos como Davi los terceros; en su división no había amarillos, pero serían los cuartos... y los demasiados mezclados como él, eran los primeros en la línea de fuego. Amarillo y negrata, la bomba... La verdad es que, por lo que sabía por las cartas de sus hermanos, sus compañeros podían haberlos asesinado por un mal disparo. Incluso en esa situación tenía demasiada suerte; su pelotón sólo buscaba sobrevivir. Nada de matarse por la espalda en medio del fuego cruzado ni tampoco por un accidente en cualquier parte; todos debían salir de ahí como fuera.

—¡Mu! —gritó O'Maley mientras se reía con García. Aunque estuvieran a unos pocos metros, los ruidos de los motores obligaban a berrear como verduleros—. ¡Dile a tu dragón que alce el vuelo y se coma a esos malditos ET!

—¡Por favor sí! —replicó Davi, agitando la cabeza—. ¡Quiero a la vuelta comerme un buen trozo de tarta de chocolate!

—¡No hace falta que sea a la vuelta, puta! ¡Ven aquí y comémela! —gritó Smith, provocando risas incluso en los soldados.

—¡Ni hablar, que tu amiguito Canham me mataría por comerme tu micropolla! —replicó la chica—. ¡Y para eso me quedo con la de Mu, eso si es un buen rabo!

—¡Pues que la enseñe y lo demuestre! ¡Vamos Mu, queremos ver tu enorme rabo de negrata!

Iba a replicarle, pero entonces una sirena sonó por el lugar. Todos se pusieron los cascos y cogieron sus armas antes de que aterrizasen.

El compañerismo había acabado y ahora los nervios campaban a sus anchas. El teniente, intentando insuflar ánimos, dijo por los sistemas de comunicación: —Y recordad, quien sobreviva se lleva un trozo de tarta de chocolate.

Odiaba aquello; el cristal solía empañarse, el calor era sofocante y sus movimientos se veían limitados a causa del traje.

Los motores hicieron más ruido y él se acercó a la puerta corriendo; debía ser el primero en la línea de fuego, junto a los demás mestizos. Se agarró a cualquier parte y, con un golpe que les hizo temblar, la nave aterrizó.

—¡Vamos, vamos! —gritó el teniente por los transmisores y, en cuando vio las compuertas abrirse, alzó el arma y, con un grito, disparó y salió de la nave. Sus pies rompieron la tierra porosa en cuanto saltó, provocando más polvo a su alrededor.

El polvo de A-17 hacía imposible ver más allá de sus narices, por lo que intentaba guiarse por las ondas infrarrojas de los enemigos, que su visor apenas era capaz de mostrar... Pero en su caso era defectuoso y apenas podía distinguir nada.

A su alrededor se unieron más mestizos, mezclándose entre los haces de luz roja de los láseres, mientras destrozaban los cuerpos y las armaduras enemigas. Oyó el griterío y las desesperadas conversaciones entre su compañeros, sintiendo cómo el miedo lo hacía temblar y su puntería empeoraba. El calor se volvió insoportable, al igual que los gritos que le destrozaban los tímpanos.

Era como si gritando todos pudieran alejar el miedo, aunque se notaba, por el temblor de sus voces, que deseaban encogerse en un rincón y llorar asustados... como él mismo.

—¡Le he reventado la cabeza a uno!

—¡Joder, parece que se multiplican!

—¡Hijos de puta, se han cargado a Schafer!

—¡Ayuda, esos cabrones nos están rodeando!

Corría mientras gritaba incoherencias como los demás, apretando el gatillo, consiguiendo que a veces algunas de aquellas figuras blancas de su visor estallasen como pompas de jabón.

A su alrededor las filas se iban espaciando, hasta que tan sólo quedó él en medio del polvo y de la oscuridad. Se detuvo, no había objetivos... En verdad no había nada ni nadie; ni siquiera transmisiones de sus compañeros.

Agotado, su respiración se volvió más pesada y, al sentir que se ahogaba, comenzó a hacerlo por la boca, empañando el cristal. El calor se volvió denso y pronto escuchó las llamadas "conversaciones muertas", ruidos que a veces parecían palabras susurradas... y algunos decían que eran los espíritus de los caídos que se comunicaban con ellos. Agitó la cabeza intentando alejar esos pensamientos y, agarrando con más fuerza su arma, caminó por el lugar, atento a cualquier movimiento en la pantalla.

Cómo deseaba que su madre estuviera allí y lo abrazase; seguro que así no tendría mie... Un horrible grito interrumpió sus pensamientos,

le destrozó los oídos y, por el dolor, tuvo que berrear a su vez. Cuando se calmó, pudo distinguir la voz de Davi.

—¡Ayuda, por favor! Me han dado en la tripa, por favor...

—¡Davi, aguanta! ¡Localizar comunicación! —ordenó a su equipo y, con un zumbido y varios chispazos, en la pantalla comenzaron a salir flechas rojizas que lo guiaban.

—Joder, cómo duele... —Aquel la palabrota le molestó especialmente. Odiaba decirlas; era como si todos intentaran fingir ser mayores de lo que en verdad eran usándolas. ¡Si su madre hubiera oído...!

—Basta, una señorita nunca dice palabrotas —dijo con buen tono, intentando hacerla reír.

—He sido una puta, creo que tengo derecho a decirlas.

—Mi madre también fue pu... prostituta —insistió, quedándose sin aliento. ¿Dónde estaba? Se sentía desorientado—. Ella decía que, aunque una vendiese su cuerpo, si actuaba como una señorita, hasta los clientes lo notaban.

—Mientes... Eres un maldito crío que ni eres capaz de aceptar una palabrota.

—¡No miento, maldita sea! ¡Ni tampoco cuando digo que no me obligaron a irme con los soldados, ni cuando decía que era feliz y que volveré algún día! ¡Nunca miento!

—Lo que tú digas.

Al fin, la pantalla parpadeó indicando que estaba delante y se agachó a su lado.

—Lo que tú digas, niñato.

No era capaz de ver bien con el casco, así que se lo quitó, miró por un momento el rostro descubierto de

su amiga y luego la herida. Evitó emitir ruido alguno, porque, al ver la coraza que olía a plástico quemado y a tripas carbonizadas, deseó gritar. No iba a vivir y ella lo sabía, aunque su expresión intentase no mostrar pánico. Olía a pis; eso sí que la delataba.

Buscó entre los diferentes compartimentos de su armadura, deseando poder encontrar al menos un botecito de morfina para que pudiese morir sin dolor, pero ni siquiera le habían recargado las gasas. Gritó furioso mientras cerraba todo con violencia. Decidió empezar a buscar entre los enseres de su amiga, intentando ser todo lo delicado que podía con sus nervios.

—Déjalo, voy a morir —afirmó llorosa. La miró y estaba lagrimeando—. Con tal de quedarse con el dinero, hasta van a consentir que morir sea una tortura.

—¡No, seguro que tienes algo, lo sé! —insistió Ekeme Mu, mirando sus compartimentos... pero nada. La oyó gritar y moverse, tanto, que tuvo que sujetarla para que parase.

—¡Un centaúril! ¡Un centaúril!

Se giró al ver que miraba a un punto a su espalda, intentando ahogar un grito. Allí estaba aquella figura blanca, tan alta como ellos y cubierta por un uniforme similar al suyo: sus mayores enemigos en esta guerra... que no sabía quién había comenzado.

—¡Mátame y huye, nos cogerán prisioneros! ¡Y nos torturarán! —Entonces sintió como el pis se le escurría por la pierna. Iba a morir, sin cumplir la promesa que le hizo a su madre..., pero al menos podía ayudar a Davi.

—No, nunca hacen prisioneros. Escúchame, piensa en... ¡mariposas! Te encantan las mariposas.

—¡Déjate de mariposas y huye!

—¿A dónde? No soy tan rápido y estoy al descubierto. Piensa en Brasil, en los bosques... Decías que te gustaban mucho...

—Sí, mi mamá me llevó allí... —Oyó cómo el alienígena se acercaba a ellos y sus manos temblaron—. Pero me vendió; no quiero verla nunca más...

—Entonces te vendrás conmigo a Hong Kong... Mi abuelo te tallaría una figura y tejería una figura con tu nombre.

—¿De verdad?

—Sí, iríamos a robar a los turistas... Por la noche comeríamos las sobras de las hamburgueserías, que están muy buenas. —Sintió la presencia sentándose a su lado—. Y, cuando fuera tu cumpleaños, mis padres habrían ahorrado y te darían helado.

—¿Eso está bueno? —Entonces se echó a llorar por la añoranza.

—Es lo mejor del mundo. Apenas te tocaría una cuchara, porque lo compartirías con todos, pero nos reiríamos y el abuelo te regalaría una historia, eso es lo mejor —reconoció. De pronto la figura se quitó un guante y alargó una mano blanca a la cabeza de su amiga. Era incapaz de reaccionar y de alejarla de Davi.

—Me encantará ver cómo intenta conseguir información de nuestra estrategia —afirmó ella mirando a la mano de refilón—. En cuanto sepa que atacamos sin... —Su vista se fijó en el infinito y la vio con expresión sorprendida—. No puede ser...

—¿Davi? ¿Qué ocurre? —preguntó tembloroso.

—Veo los bosques... y... y... y el helado y hay mariposas de colores... y mamá... mi mamá... —murmuró intentando alzar una mano—. Mami... mami...

Su voz se fue apagando, hasta que, al fin, vio que se quedaba quieta. Había muerto. Lloró con más fuerza y se llevó las manos a la cara.

—Era mi mejor amiga —reconoció triste al centaurí—. Gracias, por lo que quiera que hayas hecho. —Entonces la criatura se quitó el casco y él la miró perplejo.

Era la princesa de la que siempre hablaba su abuelo: tenía los ojos azules y brillantes, los cabellos largos y dorados y los labios rojos, pequeños... como los de las *geishas*. Era muy hermosa y debían de tener la misma edad.

—Princesa... —murmuró él, intentando tocarla.

Parecía que iba a responderle, pero, enfrente de él, un haz de luz azul se propagó con rapidez: era una granada de los suyos. Se arrojó encima de su alteza y la protegió de la metralla que lo alcanzó en la espalda. Una parte de él lo odió por haber salvado a una centaurí, pero una voccita débil era feliz, por haber ayudado a alguien y que, encima, era su majestad.

El dolor le sacudió la columna y lo hizo gritar; sólo veía una cortina de sangre roja en sus ojos que ni las lágrimas eran capaces de limpiar. Sintió la mano suave de su enemiga quitándole el líquido y, al ver su expresión, se sintió triste: no parecía reflejar nada. Murmuró en el dolor; sentía los pulmones en-

charcados, como si estuviera ahogándose.

—¡Oh, no!, eres la princesa que no siente ni padece... Eres la princesa de mi hermana Liu.

La vio permanecer en silencio y entonces le oyó decir: —No, soy tu princesa, de verdad.

—¿Y por qué no sonríes?

—Es que no recuerdo cómo hacerlo. —Parecía estar mintiendo, pero, según su abuelo, las princesas siempre decían la verdad—. Ekeme Mu, noble caballero del hijo del dragón dorado y de jade, muchas gracias por salvarme.

—No hay de qué... —Se sentía cansado—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Verás lo que deseas ver. —Se quedó en silencio, sintiendo que su corazón le dolía.

—Yo... quiero volver a casa. Quiero volver a ver a todos; a mis hermanos, a mis padres, al abuelo... Quiero volver a casa.

—Lo sé.

—Yo no quería luchar; sólo quería jugar con mis hermanos... ¿Al menos ellos serán felices? —le preguntó y ella asintió—. Los demás estaban acostumbrados a esto, pero yo no... yo quiero volver a comer helado y a jugar con los demás del barrio. Quiero volver a ser el que era.

—No puedes; ya no eres un niño de nueve años inocente. —Aquello le dolió y lo hizo sollozar con más fuerza—. Tampoco eres un adulto... Sólo Emeke Mu, una criatura maravillosa.

Vio a sus pies a sus enemigos muertos; a Davi y Li Xon Wuo retirándose... Milagrosamente, en el último momento, sus hermanos habían lle-

gado con Fenghuang y Qilin, consiguiendo al fin derrotar a todos los centaúries. Alzó la mirada y vio a su princesa, con la piel rosada y una gran sonrisa mientras lo saludaba con la mano.

—Esto es lo que queda de tu niñez.

—Parpadeó, intentando alejar aquellas imágenes.

—Quiero volver a casa... No ver mentiras; sólo volver —afirmó y murió.

Las vidas de los dos niños recorrieron sus mentes rápidamente; apenas un par de suspiros en el raciocinio colectivo de su raza... Pero, aun así, era la primera vez que habían podido ver algo diferente.

No habían podido analizar a todos los soldados con los que se topaban. Normalmente les disparaban y luego salían corriendo; a veces incluso saltaban encima de las trampas que los suyos habían tendido. Siempre eran vidas horribles, llenas de pobreza y dolor... Si al menos los humanos les hubieran dado algún motivo para no luchar, habrían firmado algún tratado, engañado a sus mentes simples y conseguido la paz.

Pero habían mandado a sus niños a luchar para que sus economías no se desestabilizaran; enviaron a los más desfavorecidos y les habían quitado todo rastro de inocencia. Habían vendido sus cuerpos; eran asesinos y crueles... No, hasta Emeke Mu no creían que los humanos tuvieran nada bueno a parte de su predisposición al raciocinio.

Y allí estaba ese pobre niño, que había salvado a uno de sus enemigos porque éste había ayudado a su amiga y por creerla una princesa de cuento.

Sin darse cuenta, sus labios se abrieron y, con un chasquido doloroso, comenzaron a sangrar y sonreír. Su especie había dejado de usar su rostro para expresarse; preferían la fiabilidad de leer su mente... Pero para él había sido importante y, aunque no pudiera verlo, deseaba regalarle aquel gesto.

Escuchó las mentes de los suyos, maravilladas por lo que había encontrado... atónitos. Tal vez habían escogido un mal marco para estudiar a la humanidad... ¿Qué debían hacer?

Con suavidad, le quitó el traje al niño y lo cambió por el suyo, para luego vestirse con aquella prenda tan obsoleta. Ella esperó y, cuando vio que varios soldados se acercaban, asintió a los suyos mientras tomaba los talismanes de Davi y Emeke Mu, con el fin de llevárselos a la familia del segundo, esperando encontrar un lugar donde la pequeña pudiera descansar. “El estudio fue inconcluyente”, decían todos; “ve con ellos y descubre la verdad”.

Se limpió la sangre de color rosado y se colocó el casco. Los humanos habían ganado esta batalla y de su corazón pendía conseguir la paz.

© LAURA LÓPEZ ALFRANCA, 2009.

LAURA LÓPEZ ALFRANCA
(España —Madrid—, 1983).

Estudiante de Informática, es escritora vocacional. Descubrió y redescubrió la literatura en diferentes momentos de su vida, hasta que a los veintiún años empezó a escribir. Es autora de varias novelas de fantasía, todas ellas inéditas, aunque no cesa en su empeño de que eso cambie. Si bien tiende a escribir para el público juvenil, también lo hace para adultos y niños.

Ha publicado en varias revistas de Internet y conseguido diferentes puestos en otros tantos concursos literarios.

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

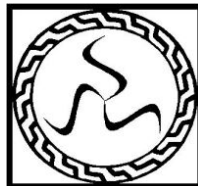
Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

ESN 86591-100119-783043-57